ELIZABETH GASKELL

LA CLARISA POBRE





Elizabeth Gaskell



Elizabeth gaskell

La clarisa pobre



Elizabeth Gaskell

Nació en Chelsea, Inglaterra, en 1810. Su primera obra fue la novela *Mary Barton* (1848), en la que manifestó una crítica social a la explotación de los obreros de ese contexto.

Publicó las novelas *La casa de Moorland* (1850), *Ruth* (1853), *Norte y Sur* (1855) y *Esposas e hijas* (póstuma, 1866). Su obra se ajusta al estilo victoriano, en donde critica actitudes sobre la condición de la mujer, por lo que muchos de sus personajes son femeninos. También escribió la biografía de la reconocida escritora Charlotte Brontë, titulada *Vida de Charlotte Brontë* (1857).

Falleció en Hampshire, Inglaterra, en 1865.

La Clarisa pobre
Elizabeth Gaskell

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Christopher Zecevich Arriaga
Subgerente de Educación

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

María Celeste del Rocío Asurza Matos
Jefa del programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juárez Zevallos
Selección de textos: Yesabeth Kelina Muriel Guerrero
Corrección de estilo: Manuel Alexander Suyo Martínez
Diagramación: Andrea Veruska Ayanz Cuellar
Concepto de portada: Leonardo Enrique Collas Alegría

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

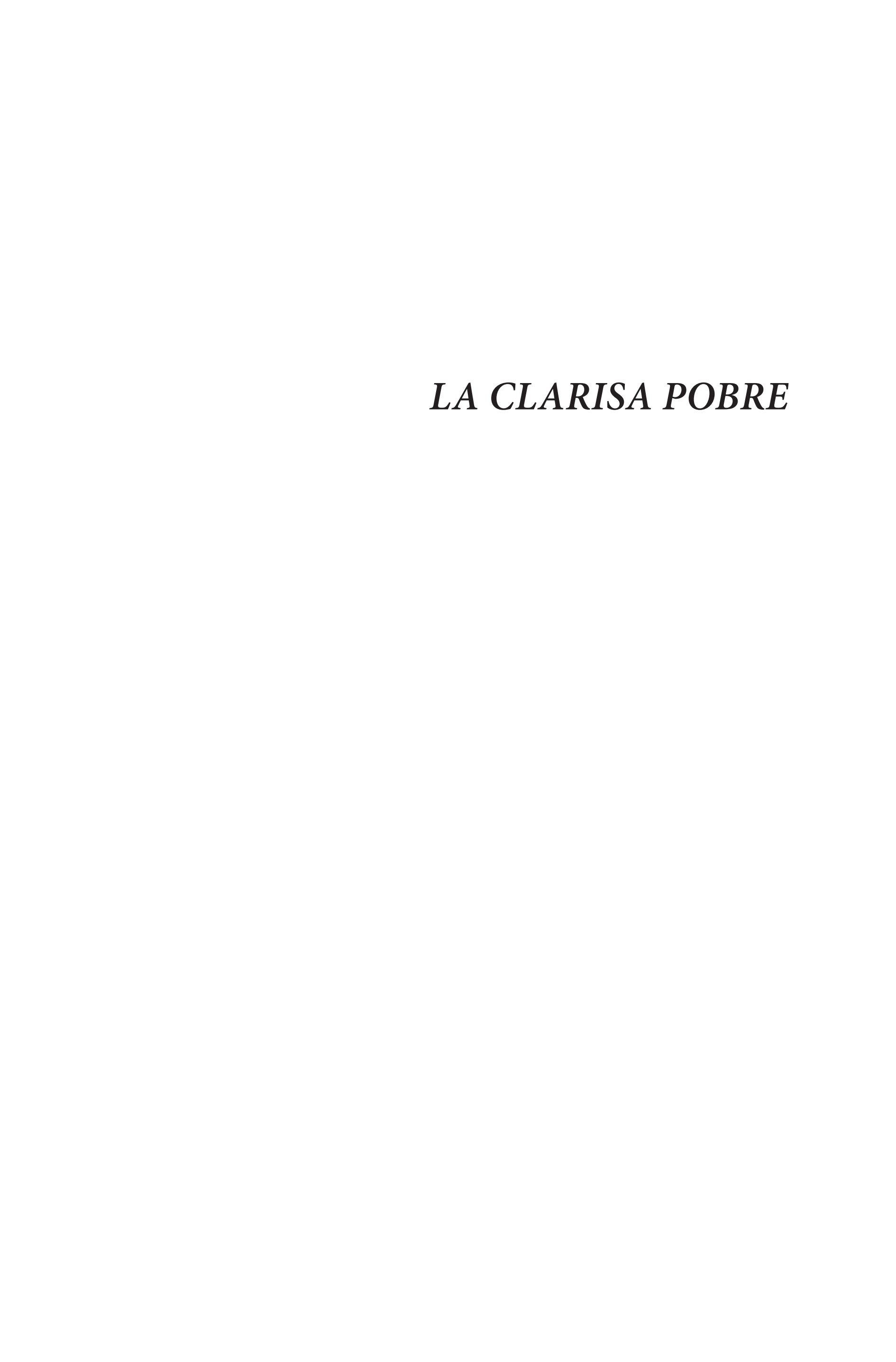
La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima



LA CLARISA POBRE

I

Mi vida se ha visto extrañamente unida a sucesos extraordinarios, algunos de los cuales se produjeron antes de que tuviese relación con quienes los protagonizaron, e incluso antes de que conociese su existencia, en realidad. Supongo que casi todos los ancianos tienden, como yo, más a recordar y a considerar la propia trayectoria con cierta añoranza y tierno interés, que a observar lo que pasa delante de sus ojos, aunque sea mucho más fascinante para la mayoría. Si así es en el común de los mayores, ¡cuánto más en mi caso! Si he de contar la extraña historia relacionada con la pobre Lucy, debo retroceder mucho tiempo. No supe de la historia de su familia hasta después de conocerla a ella, pero para explicar claramente el relato, tengo que describir los hechos en el orden en que ocurrieron y no en el que yo los conocí.

Hay una mansión antigua en el noreste de Lancashire, en la zona que llamaban Cuenca de Bolland, que linda con el otro distrito llamado Craven. La casa solariega Starkey parece un conjunto de habitaciones agrupadas

en torno a un antiguo torreón gris, más que un edificio construido de forma regular. Supongo que en realidad la casa consistía solo en una gran torre situada en el centro en la época en que los escoceses hacían sus terribles incursiones tan al sur; y que, cuando llegaron los Estuardo y hubo un poco más de seguridad en esas regiones, los Starkey de la época añadieron el edificio más bajo de dos plantas que rodea la base de la torre. En mis tiempos se había trazado un jardín espléndido en la ladera sur junto a la casa; pero, la primera vez que visité el lugar, el huerto era el único terreno cultivado de la granja. Solían llegar hasta allí los ciervos, que se veían desde las ventanas del salón, y si no fuesen animales tan montaraces y asustadizos se habrían puesto a ramonear allí mismo. La mansión Starkey estaba en un saliente o península montañosa de las abruptas colinas que forman las laderas de la Cuenca de Bolland. Estas colinas eran bastante rocosas e inhóspitas en las zonas más altas; más abajo estaban cubiertas de monte enmarañado y verdes helechales, entre los que descollaba aquí y allá el gigante gris de un antiguo bosque que alzaba sus espectrales ramas blanquecinas como si imprecara al cielo. Me contaron que aquellos árboles eran las reliquias del bosque que existía en tiempos de la Heptarquía, y que ya

entonces se utilizaban como hitos. No es extraño que sus ramas más altas y expuestas a los elementos estuviesen peladas y que la corteza muerta se hubiese desprendido de los viejos sin savia.

No lejos de la casa había algunas casitas que parecían de la misma época que la torre; tal vez las construyeran los sirvientes de la familia que buscaron protección (para ellos, sus familias y sus pequeños rebaños) cerca del señor feudal. Algunas eran auténticas ruinas. Las habían construido de una forma extraña, con gruesos varales clavados en el suelo a la distancia necesaria y atados de dos en dos por el extremo superior, como las tiendas de los gitanos, pero más grandes. Los espacios intermedios se rellenaban con barro, piedras, mimbres, desechos, argamasa, cualquier cosa que protegiese de las inclemencias del tiempo. Hacían los fuegos en el centro de los toscos edificios, que contaban con un agujero en el techo como única chimenea. Ninguna cabaña irlandesa o de las tierras altas escocesas habría podido ser más rudimentaria.

El dueño de la finca a principios de este siglo era el señor Patrick Byrne Starkey. Su familia había conservado

la antigua fe, y eran católicos devotos, que consideraban pecado incluso casarse con una persona de origen protestante, por mucho que esta manifestara el deseo de abrazar la religión católica. El padre del señor Patrick Starkey había sido partidario de Jacobo II, y durante la desastrosa campaña de ese monarca se había enamorado de una beldad irlandesa, una tal señorita Byrne, tan celosa seguidora de su religión y de los Estuardo como él. Él había huido a Francia y de allí había regresado a Irlanda, se había casado con ella y había vuelto a la corte en Saint Germains. Sin embargo, los díscolos caballeros que acompañaron al rey Jacobo en su exilio se habían permitido ciertas libertades que ofendieron a su bella esposa y le disgustaron a él, así que se fue de Saint Germains a Amberes, desde donde, unos años después, regresó discretamente a la casa solariega de los Starkey (algunos de sus vecinos de Lancashire habían hecho valer sus buenos oficios para reconciliarle con los poderes establecidos). Seguía siendo católico ferviente y tan acérrimo partidario de los Estuardo y de los derechos divinos de los reyes como siempre; pero su religión equivalía casi al ascetismo, y la conducta de aquellos con quienes había mantenido tan estrecha relación en Saint Germains no soportó la inspección de un moralista

riguroso. Así que depositó su fidelidad donde no podía poner su estima y aprendió a respetar sinceramente el carácter recto y moral de quien aún consideraba un usurpador. El gobierno del rey Guillermo no tenía nada que temer de alguien como él. Así que regresó, como he dicho, con corazón sereno y mermada fortuna a su casa solariega, que se había precipitado lastimosamente en la ruina mientras su propietario había sido cortesano, militar y exiliado. Los caminos de la Cuenca de Bolland eran poco más que rodadas de carros. En realidad, el que subía a la casa discurría junto a una tierra labrada hasta el parque de los ciervos. *Madam*, que así solían llamar los campesinos a la señora Starkey, montaba detrás de su marido en una silla ligera, sujetando apenas el cinturón de cuero de él. El señorito (el futuro señor Patrick Byrne Starkey) iba en su poni guiado por un sirviente. Una mujer que sobrepasaba la mediana edad caminaba con paso firme y vigoroso junto al carro que llevaba buena parte del equipaje; y, encima de bolsas y cajas, se sentaba una muchacha de belleza deslumbrante, encaramada en el baúl más alto y balanceándose impávida con el bamboleo del carro por los caminos embarrados de finales de otoño. Llevaba en la cabeza el velo de Amberes, o mantilla negra española, y tal era en conjunto su aspecto que el

viejo campesino que me describió el cortejo muchos años después me dijo que la gente la había tomado por extranjera. Completaban el grupo unos perros y el mozo que se encargaba de ellos. Pasaron en silencio, mirando con gesto serio y grave a la gente que salía de las casitas dispersas a saludar con una venia o una reverencia al verdadero señor «que al fin regresaba» y contemplaba la pequeña procesión con un asombro que no disipó el sonido de las pocas palabras que les oyeron cruzar en un idioma extraño. Les acompañó hasta la casa un individuo a quien el señor sacó de su ensimismamiento pidiéndole que fuese a ayudar con el carro. Este individuo explicó luego que, en cuanto la señora bajó del caballo, la mujer que he dicho que iba caminando mientras los demás iban en el carro o a caballo, se adelantó, la tomó en brazos (la señora Starkey era menuda y delicada), cruzó el umbral con ella y la depositó en casa de su marido al tiempo que susurraba unas palabras de agradecimiento con fervor extravagante. El señor se limitó a sonreír con gravedad al principio, pero cuando la mujer pronunció la bendición, se quitó el elegante sombrero adornado con plumas e inclinó la cabeza. La muchacha de la mantilla negra se adentró en la penumbra de la casa y besó la mano a la señora. Y eso es lo que el mozo contó a cuantos

le rodearon cuando volvió, deseosos de saberlo todo y de enterarse de lo que le había dado el señor por sus servicios.

Por lo que pude deducir, la casa se encontraba en un estado ruinoso en la época en que regresó el señor. Los sólidos muros grises seguían en pie, pero los aposentos interiores se habían utilizado para toda suerte de fines. El salón había sido granero; la majestuosa cámara de los tapices había servido para guardar lana y demás. Pero fueron despejando las salas y ordenándolo todo poco a poco. Y, aunque el señor no disponía de dinero para comprar mobiliario nuevo, su esposa y él consiguieron sacar el mejor partido del viejo. Él era un ebanista nada despreciable y ella tenía una gracia especial en cuanto hacía y confería una elegancia pintoresca a todo lo que tocaba. Además, se habían traído muchos objetos exóticos del continente; o tal vez debiera decir objetos que eran exóticos en aquella región de Inglaterra: imágenes, cruces y hermosas pinturas. Y entonces aún había madera abundante en la Cuenca de Bolland y ardían y relumbraban en todas las viejas y oscuras habitaciones grandes fuegos de troncos que le daban a todo un aire acogedor y hogareño.

¿Por qué les cuento todo esto? Tengo poco que ver con el señor y la señora Starkey, y, sin embargo, hablo de ellos por extenso, como si me resistiese a llegar a las personas con quienes mi vida se mezcló de forma tan extraña. La misma mujer que había tomado en brazos a la señora y le había dado la bienvenida en casa de su marido en Lancashire era quien la había cuidado siempre en Irlanda. Bridget Fitzgerald no se había separado de ella más que durante su breve vida de casada. Su matrimonio con un hombre socialmente superior había sido desgraciado. Su marido había muerto, dejándola en una situación de pobreza aún mayor que en la que se hallaba cuando se conocieron. Tenía una hija, la hermosa muchacha que iba sentada en lo alto del carro cargado que habían transportado hasta la mansión. La señora Starkey había vuelto a tomar a Bridget a su servicio cuando enviudó. Y ella y su hija habían seguido «al ama» en todas sus vicisitudes: habían vivido en Saint Germains y en Amberes, y fueron con ella a su hogar de Lancashire. El señor Starkey regaló a Bridget una casita propia en cuanto llegaron, y se tomó más molestias en acondicionarla que en ninguna otra cosa aparte de su propia casa. La casita solo era su residencia de nombre. Bridget siempre estaba arriba en la casa grande; en realidad, bastaba cruzar el

bosque por un atajo para ir de su hogar al de su señora. Mary iba de una casa a otra del mismo modo a voluntad. La señora Starkey quería mucho a la madre y a la hija. Ambas ejercían mucha influencia en ella y, por medio de ella, en su marido. Todos los deseos de Bridget y de Mary se cumplían. No inspiraban antipatía, pues, aunque eran impulsivas y temperamentales, también eran generosas por naturaleza. Pero los demás sirvientes las temían, por creerlas los secretos espíritus rectores de la casa. Pues el señor Starkey había perdido todo interés por los asuntos seculares. La señora Starkey era afable, cariñosa y complaciente. Ambos estaban tiernamente unidos entre sí y a su hijo, pero cada día eludían más la preocupación de tomar decisiones sobre cualquier asunto, y de ahí que Bridget ejerciera su poder despótico. Mas, aunque todos cedieran a la «magia de su mente superior», Mary se rebelaba con frecuencia. Madre e hija se parecían demasiado para llevarse bien. Tenían peleas furiosas y reconciliaciones todavía más furiosas. A veces habrían podido clavarse un puñal en el acaloramiento de las riñas. En las demás ocasiones, ambas habrían dado con gusto la vida por la otra, sobre todo Bridget. Amaba a su hija mucho más de lo que esta sabría nunca; pues creo que, si lo hubiese sabido, no se habría cansado de

la casa ni hubiese pedido a su señora que le buscara algún puesto de doncella en el continente, donde la vida era más alegre y en cuyo medio habían transcurrido sus años más felices. Creía que la vida es eterna, como todos los jóvenes, y que dos o tres años no eran nada y podía pasarlos lejos de su madre, de quien era la única hija. Bridget pensaba de otro modo, pero era demasiado orgullosa para manifestarlo. Si su hija quería marcharse, que se fuera. Pero la gente decía que envejeció diez años en dos meses durante ese período. Creía que Mary quería abandonarla. La verdad era que Mary deseaba marcharse de allí un tiempo para cambiar un poco, y se habría alegrado mucho llevándose a su madre.

De hecho, cuando la señora Starkey le consiguió un puesto con una gran dama en el extranjero y llegó el momento de partir, fue ella quien se aferró a su madre con un abrazo apasionado, declarando hecha un mar de lágrimas que no la abandonaría, y fue Bridget quien se apartó y le pidió muy seria y sin una sola lágrima que cumpliera su palabra y se fuera al ancho mundo. Mary se alejó sollozando sonoramente y mirando hacia atrás. Bridget se quedó inmóvil, sin respirar apenas ni cerrar los ojos gélidos, hasta que al fin volvió a entrar en casa

y colocó un viejo y pesado banco pegado a la puerta. Se sentó junto al fuego apagado y se quedó allí sin moverse, haciendo oídos sordos a las tiernas llamadas de la señora, que suplicaba a su niñera que la dejase entrar para consolarla.

Sorda, pétrea e inmóvil permaneció así sentada más de veinte horas; hasta que la señora Starkey recorrió el camino nevado desde la casa grande por tercera vez, llevando consigo al perrillo de aguas que había sido la mascota de Mary en la casa grande, y que se había pasado la noche buscando a su ama ausente, ladrando y gimiendo por ella. Se lo explicó llorando junto a la puerta cerrada, llorando por la terrible expresión de angustia de su niñera, tan fija e inmutable como el día anterior. El cachorrillo que llevaba en brazos empezó a emitir su lastimero gemido, tiritando de frío. Bridget reaccionó entonces, se movió y prestó atención. De nuevo el largo gemido. Pensó que era por su hija, y lo que le había negado a su niña y señora se lo otorgó al animalillo al que Mary había amado. Abrió la puerta y cogió al perro de los brazos de la señora. Esta entró, besó y consoló a la anciana, que apenas reparaba en ella ni en nada. Y envió al amo Patrick a la casa grande a por leña y comida, y

no dejó a su niñera en toda la noche. Al día siguiente fue el propio señor Starkey quien bajó hasta allí con un bello cuadro extranjero: «Nuestra Señora del Sagrado Corazón», lo llaman los papistas. Es un cuadro de la Virgen con el corazón atravesado por flechas, cada una de las cuales representa una de sus grandes aflicciones. El cuadro estaba colgado en la casita de Bridget cuando la vi por primera vez; ahora lo tengo yo.

Pasaron los años. Mary seguía en el extranjero. Bridget seguía silenciosa y adusta en vez de activa y apasionada. El perrillo, Mignon, era su niño mimado. Me contaron que, aunque apenas hablaba con nadie, con él lo hacía continuamente. Los señores la trataban con la máxima consideración, y bien podían hacerlo, pues les servía con la misma devoción y fidelidad que siempre. Mary escribía con bastante frecuencia, y parecía contenta con su nueva vida. Pero luego las cartas dejaron de llegar, no sé si antes o después de que la desgracia se abatiese sobre la mansión Starkey.

El señor enfermó de una fiebre pútrida; y la señora se contagió cuidándolo y murió. Pueden estar seguros de que Bridget no permitió que la atendiese nadie más

que ella, y aquella joven afable apoyó la cabeza y exhaló el último suspiro en los mismos brazos que la habían recibido al nacer. El señor se recuperó, hasta cierto punto. No volvió a estar fuerte, no volvió a tener ánimos para sonreír. Ayunaba y rezaba más que nunca; y contaban que se había planteado deshacer el vínculo de sucesión y destinar todo el patrimonio a fundar un monasterio en el extranjero del que el señorito Patrick debía ser algún día padre reverendo. Pero no pudo hacerlo, por lo riguroso de dicho vínculo y por las leyes contra los papistas. Así que tuvo que conformarse con nombrar tutores de su hijo a caballeros de su propio credo, con muchas instrucciones sobre el alma del muchacho y algunas sobre la hacienda y su administración mientras fuese menor de edad. Y no se olvidó de Bridget, por supuesto. La llamó cuando yacía en su lecho de muerte y le preguntó si prefería que le dejara una suma de dinero o una pequeña anualidad. Ella dijo que prefería el dinero porque pensó en su hija y en que podría dejárselo en herencia, mientras que una anualidad moriría con ella. Así que el señor le cedió de por vida la casita y le dio una buena suma de dinero. Y luego murió, abandonando este mundo con tan buena disposición y ánimo como no creo

que lo haya hecho caballero alguno nunca. Los tutores se llevaron al señorito y Bridget se quedó sola.

Ya he dicho que no sabía nada de Mary hacía tiempo. En la última carta le decía que se iba de viaje con su señora, que era la esposa inglesa de un alto oficial extranjero, y mencionaba la posibilidad de hacer un buen matrimonio, sin decir el nombre del caballero, que prefirió reservarse como grata sorpresa para su madre. La condición y la fortuna de este, según tuve motivos para saber más tarde, eran muy superiores a los que ella tenía derecho a esperar. Siguió un largo silencio. La señora Starkey había muerto, el señor Starkey había muerto, y Bridget vivía con el corazón en un puño sin saber a quién pedir noticia de su hija. No sabía escribir, siempre se había encargado de la correspondencia con su hija el buen señor. Fue andando a Hurst, y consiguió que escribiese por ella un sacerdote amable (a quien había conocido en Amberes). Pero no hubo respuesta. Era como gritar en el profundo silencio de la noche.

Los vecinos se habían acostumbrado a seguir sus idas y venidas y, un día, la echaron de menos. Nunca había sido muy sociable, pero verla por allí se había convertido

en parte de la vida cotidiana. Y empezaron a extrañarse a medida que se sucedían los días y la puerta de su casa seguía cerrada, sin ningún resplandor en la ventana ni luz del fuego en el interior. Al final, alguien intentó abrir la puerta; estaba cerrada con llave. Algunos lo comentaron sin acabar de atreverse a mirar por la ventana sin postigos. Pero al fin se armaron de valor y comprobaron que la ausencia de Bridget de su pequeño mundo no se debía a muerte ni a accidente, sino que era algo premeditado. Los muebles pequeños que podían protegerse de los efectos del tiempo y la humedad estaban guardados en cajas. Y el cuadro de la Virgen había desaparecido de la pared. En una palabra, Bridget se había marchado sigilosamente sin dejar rastro. Yo supe después que ella y el perrito habían emprendido la larga búsqueda de su hija desaparecida. Era demasiado inculta para confiar en las cartas, aunque habría tenido medios de escribir y enviar muchas cartas. Pero confiaba en su profundo amor y creía que su instinto apasionado la llevaría hasta su hija. Además, viajar por el extranjero no era nuevo para ella, y sabía suficiente francés para explicar el objetivo de su viaje; contaba, además, con la ventaja de la caritativa hospitalidad de numerosos conventos lejanos, gracias a su religión. Pero los campesinos que rodeaban la mansión Starkey no

sabían nada de eso. Se preguntaron vaga y lánguidamente qué le habría pasado durante un tiempo y luego se olvidaron de ella. Transcurrieron varios años. La casa grande y la casita de Bridget siguieron deshabitadas. El joven Starkey vivía lejos al cuidado de sus tutores. Hubo incursiones de lana y grano en los salones de la mansión; y sirvientes y campesinos hablaron de vez en cuando en voz baja de la conveniencia de entrar en casa de la anciana Bridget y salvar lo que hubiesen dejado la polilla y la herrumbre, que debían estar haciendo estragos. Pero siempre sofocaba la idea el recuerdo de su fuerte carácter y de su cólera ardiente; y se contaban en susurros historias sobre su espíritu imperioso y su vehemente fuerza de voluntad, hasta que el pensamiento de ofenderla por tocar cualquier objeto suyo, quedó investido de una especie de horror, pues estaban convencidos de que no dejaría de vengarse, viva o muerta.

Y de pronto regresó a casa, tan sigilosamente como se había marchado. Un día, alguien se dio cuenta de que salía de su chimenea una fina voluta de humo azulado. Su puerta estaba abierta al sol de mediodía; y, varias horas después, alguien vio a una anciana, con las huellas del viaje y de la aflicción, llenando su cántaro en

el pozo, y contó que los ojos oscuros y solemnes que lo miraron se parecían más a los de Bridget Fitzgerald que a los de ninguna otra persona de este mundo; y, aun así, si realmente se trataba de ella, se diría que había estado achicharrándose en las llamas del infierno, tan tostada, asustada y furiosa parecía. Poco a poco fueron viéndola muchos; y los que cruzaban la mirada con la suya una vez procuraban que no les sorprendiese mirándola de nuevo. Había cogido la costumbre de hablar constantemente consigo misma; o, más bien, de contestarse y de variar los tonos según el bando por el que se inclinase en cada momento. No tenía nada de extraño que quienes se atrevieron a escuchar junto a su puerta por la noche creyesen que mantenía conversaciones con algún espíritu; en suma, se estaba ganando sin saberlo la espantosa fama de bruja.

Su única compañía era el perrito, que había recorrido con ella medio continente; mudo recordatorio de tiempos más felices. Una vez enfermó y Bridget cargó con él más de tres millas para consultar con un hombre que había sido caballerizo del último señor y luego se había hecho célebre por su habilidad para curar las enfermedades de los animales. Hiciera lo que hiciese el hombre, el caso es

que el perro se recuperó; y quienes oyeron a Bridget darle las gracias, entremezcladas con bendiciones (promesas de buena suerte más que oraciones), se tomaron muy en serio la buena fortuna del hombre cuando, al año siguiente, sus ovejas parieron mellizos y sus prados dieron hierba abundante.

Y sucedió luego que, hacia el año 1711, uno de los tutores del joven Starkey, un tal sir Philip Tempest, cayó en la cuenta de que la finca de su pupilo debía ser un buen cazadero y decidió llevar a cuatro o cinco caballeros amigos suyos a pasar un par de semanas en la casa grande. Parrandearon y gastaron con bastante liberalidad, según todos los testimonios. Yo solo me enteré del nombre de uno, el señor Gisborne. Joven aún, había pasado mucho tiempo en el extranjero, donde creo que conoció a sir Philip Tempest y le hizo algún favor. En aquel entonces era un individuo impulsivo y disoluto, despreocupado y temerario, que prefería enzarzarse en una riña que mantenerse al margen. Y tenía arrebatos de cólera, en los que no respetaba a hombres ni a animales. Por lo demás, quienes lo conocían bien solían decir que tenía buen corazón, a no ser que estuviese ebrio, furioso

o enfadado por algún motivo. Había cambiado mucho cuando nos conocimos.

Un día, los caballeros habían salido de caza con escasa fortuna, creo. Al menos en el caso del señor Gisborne, con ninguna, por lo que estaba de muy mal humor. Regresaba a la casa, con el arma cargada sujeta a la cazadora, y al salir del bosque y pasar por delante de la casita de Bridget, se cruzó en su camino el pequeño Mignon. En parte sin motivo y en parte para desahogar la cólera con un ser vivo, el señor Gisborne alzó la escopeta y disparó. Más le habría valido no volver a disparar nunca que hacer aquel tiro desdichado que alcanzó a Mignon. Bridget oyó el grito del animal, salió corriendo y vio lo que había pasado. Cogió al perro en brazos y examinó detenidamente la herida; el pobre animalillo la miró con ojos vidriosos e intentó menear el rabo y lamerle la mano ensangrentada. El señor Gisborne habló con cierto arrepentimiento huraño:

—Tendrías que haber apartado al perro de mi camino, esa pequeña alimaña furtiva.

En ese instante Mignon estiró las patas y se quedó rígido en brazos de Bridget: el perro de su Mary

desaparecida, que había vagado y llorado con ella tantos años. Avanzó hasta interponerse en el camino del señor Gisborne y clavó una mirada lúgubre y terrible en los ojos hoscos y malhumorados de él.

—Quienes me hacen daño nunca prosperan —le dijo—. Estoy sola y desvalida en el mundo; por eso escuchan mis oraciones los santos del cielo. ¡Escúchenme, bienaventurados! Les pido pesadumbre para este hombre malvado y cruel. Ha matado a la única criatura que me quería, el animal al que yo amaba. ¡Que caiga sobre él una gran aflicción, santos benditos! Al verme sola y pobre cree que estoy desvalida, pero ¿Acaso no hay ejércitos celestiales que defienden a las personas como yo?

—Vamos, vamos —dijo él, un poco arrepentido, pero sin pizca de miedo—. Toma una corona y cómprate otro perro. ¡Toma y deja ya de maldecir! Me tienen sin cuidado tus amenazas.

—¿Ah, sí? —dijo Bridget, dando otro paso hacia él y pasando de la imprecación a un susurro que puso la carne de gallina al joven del guardabosque que seguía al señor Gisborne—. Vivirás para ver al ser a quien más ames y el único que te ame, a un ser humano, pero tan inocente

y bueno como mi pobre perrito… verás a esa criatura, para quien la muerte sería un desenlace demasiado feliz, convertirse en objeto de desprecio y terror para todos, por esta sangre. ¡Escúchenme, santos benditos, que nunca desamparan a quienes solo cuentan con su ayuda!

Alzó la mano derecha, llena de gotas de sangre del pobre Mignon; algunas cayeron en el traje de caza del señor Gisborne, señal de mal agüero, según el criado. El señor Gisborne se limitó a soltar una risilla burlona y forzada, y siguió su camino. Pero antes de llegar a la casa grande sacó una pieza de oro y mandó al muchacho que se la diese a la anciana al volver a la aldea. El chaval estaba «despavorido», según me confesó él mismo años después. Se acercó a la casita de Bridget y anduvo rondando sin atreverse a entrar. Al final, atisbó por la ventana y, a la luz vacilante del fuego de leña, vio a Bridget arrodillada delante del cuadro de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, y a Mignon entre el cuadro y ella. Estaba rezando frenéticamente, como indicaban los brazos extendidos. El muchacho retrocedió con redoblado terror, y se conformó con deslizar la moneda de oro por debajo de la puerta. Al día siguiente la tiraron

al estercolero y allí se quedó, sin que nadie se atreviera a tocarla.

Mientras tanto, el señor Gisborne, un poco intrigado e inquieto, pensó aliviar su desazón preguntando a sir Philip quién era Bridget. Solo pudo describirla; no sabía cómo se llamaba. Tampoco sir Philip se aclaraba. Pero un antiguo criado de los Starkey que había vuelto a la casa grande para la ocasión, un bribón a quien Bridget, en sus días prósperos había impedido que despidieran más de una vez, dijo:

—Su señoría debe de referirse a la vieja bruja. Creo que si alguna mujer necesita un chapuzón es esa Bridget Fitzgerald.

—¡Fitzgerald! —exclamaron ambos caballeros al unísono. Pero sir Philip se apresuró a añadir:

—Ni se te ocurra, Dickon. Debe de ser la misma mujer de la que el pobre Starkey me pidió que cuidara. Pero la última vez que vine se había marchado y nadie sabía adónde. Iré a verla mañana. Pero escúchame bien tú, muchacho, si le pasa algo o vuelvo a oír lo de que es una bruja, tengo una jauría en casa que puede seguir el

rastro de un bellaco mentiroso igual que el de un zorro; así que cuidado con lo que dices de darle un chapuzón a una fiel sirvienta de tu difunto amo.

—¿Tenía una hija? —preguntó el señor Gisborne al poco rato.

—No sé… ¡Sí! Me parece que sí, creo que era doncella de la señora Starkey.

—Disculpe su señoría —dijo muy sumiso Dickon—. La anciana Bridget tenía una hija, una tal señorita Mary, que se fue al extranjero y de quien no volvió a saberse. La gente dice que eso enloqueció a su madre.

El señor Gisborne se protegió los ojos con una mano.

—Ojalá no me hubiese maldecido. Tal vez tenga poder… nadie más podría… —masculló. Y en seguida añadió en voz alta, aunque nadie sabía a qué se refería—: ¡Bah! ¡Es imposible!

Pidió clarete; y él y los demás caballeros se concentraron en la bebida.

II

Llego ahora a la época en que me relacioné con las personas de quienes he escrito. Y para que puedas entender cómo ocurrió, debo hacer una breve descripción de mí mismo. Mi padre era el segundo hijo de un caballero de Devonshire de moderada fortuna; mi tío mayor heredó los bienes de mis antepasados, mi tío segundo se convirtió en un eminente abogado en Londres y mi padre tomó las órdenes sagradas. Tuvo muchos hijos, como casi todos los clérigos pobres. Y estoy seguro de que se alegró bastante cuando mi tío de Londres, que estaba soltero, le propuso hacerse cargo de mí y prepararme para que pudiera sucederle en el negocio.

Y así es como llegué a vivir en Londres, en casa de mi tío, no lejos de Gray's Inn, y a ser tratado y estimado como hijo suyo y a trabajar con él en el despacho. Yo apreciaba mucho al anciano. Era agente de confianza de muchos señores rurales, posición que había conseguido tanto por su conocimiento de la naturaleza humana como por su conocimiento del derecho; aunque era bastante ducho en lo segundo.

Solía decir que su profesión era el derecho y su devoción la heráldica. Oírle hablar, en las horas de ocio, de un escudo de armas que se cruzaba en su camino era tan ameno como una obra de teatro o una novela, por el conocimiento íntimo que tenía de las historias familiares, y de las trágicas vicisitudes de la vida que se incluían en ellas. Como autoridad en la materia, le consultaban muchos casos de conflictos por derechos de propiedad, para cuya solución hacía falta ser un enamorado de la genealogía. Si el abogado que acudía a él era joven, no le cobraba nada, solo le daba una larga plática sobre la importancia de prestar atención a la heráldica; si se trataba de un abogado maduro y de buena posición, le hacía pagar bien y luego le censuraba por no tener en cuenta una importante rama de la profesión. Su casa estaba en una calle nueva y señorial llamada Ormond, y tenía una espléndida biblioteca, aunque todos los libros trataban temas del pasado; ninguno se planteaba el futuro ni lo consideraba. Yo trabajaba sin descanso, en parte por el bien de la familia que había dejado en casa y en parte porque mi tío me enseñó a disfrutar de esa práctica que tanto le complacía. Supongo que trabajaba demasiado.

Sea como fuere, lo cierto es que en 1718 no me encontraba muy bien y mi bondadoso tío estaba preocupado por mi mal aspecto.

Un día sonó dos veces el timbre de la sala del pasante del lúgubre despacho de Gray's Inn Lane. Era la forma de llamarme a mí y acudí a sus habitaciones privadas justo cuando salía de ellas un caballero a quien ya conocía de vista. Era un abogado irlandés que gozaba de más prestigio del que merecía.

Mi tío se frotaba las manos despacio, pensativo. Esperé unos minutos, hasta que al fin me dijo que tenía que preparar el equipaje aquella misma tarde para salir por la noche en caballos de posta para West Chester. Si todo iba bien, llegaría en cinco días, esperaría un paquebote a Dublín y, una vez allí, tendría que dirigirme a una población llamada Kildoon, donde debía investigar si existía algún descendiente de la rama más joven de una familia a la que habían pasado a corresponder unas valiosas propiedades por línea femenina. El abogado irlandés que he mencionado estaba cansado del caso, y habría entregado de buena gana la propiedad sin más preámbulos al individuo que la había reclamado. Pero,

cuando enseñó los cuadros y árboles genealógicos a mi tío, él le había señalado tantos posibles titulares preferentes que el abogado le había suplicado que se encargase él de solucionar todo el asunto. Nada habría complacido más a mi tío de joven que ir él mismo a Irlanda a investigar los documentos, pergaminos e historias relacionadas con la familia. Pero, como ya era mayor y tenía gota, lo delegó en mí.

Así que fui a Kildoon. Supongo que experimenté un placer parecido al que sentía mi tío al seguir un rastro genealógico, porque en cuanto me instalé no tardé en descubrir que el señor Rooney, el abogado irlandés, se habría metido y habría metido al primer solicitante en un buen lío si hubiese dictaminado que le correspondían las tierras. Había tres pobres irlandeses que eran los parientes más próximos del último propietario. Pero, una generación anterior, había un pariente aún más cercano al que nunca habían tenido en cuenta y cuya existencia ni siquiera habían descubierto los abogados, me atrevo a pensar, hasta que me lo mencionaron algunos antiguos sirvientes de la familia. ¿Qué había sido de él? Viajé a un lado y a otro. Fui a Francia y regresé con una vaga pista, que desembocó en el descubrimiento de que,

irresponsable y disipado, había dejado un descendiente, un hijo de peor carácter que él. Y que ese mismo Hugh Fitzgerald se había casado con una sirvienta de los Byrne muy guapa, de clase muy inferior a la suya, pero de carácter muy superior; que él había muerto poco después dejando una hija o un hijo, eso no pude averiguarlo; y que la madre había vuelto a vivir con la familia de los Byrne. El cabeza de esta última familia pertenecía por entonces al regimiento del duque de Berwick, y tardé mucho en conseguir noticias suyas. Hasta más de un año después no recibí de él una carta breve y altanera (supongo que, con el desprecio del militar por los civiles, el odio irlandés a los ingleses y la envidia del jacobita exiliado de alguien que prosperaba y vivía tranquilamente bajo un gobierno que él consideraba una usurpación). Me decía en la carta que Bridget Fitzgerald había sido fiel a las vicisitudes de su hermana, la había seguido al extranjero y había vuelto con ella a Inglaterra cuando la señora Starkey había considerado oportuno regresar. Su hermana y el marido de esta habían muerto. Y no sabía qué había sido de Bridget Fitzgerald. Tal vez pudiese darme alguna información sir Philip Tempest, que era el tutor de su sobrino. Prescindo de los términos un tanto despectivos y de cómo al hablar de servicio fiel insinuaba

más de lo que decía, porque todo eso no tiene nada que ver con mi historia. Escribí a sir Philip, que me contestó diciendo que pagaba regularmente una anualidad a una anciana llamada Fitzgerald que vivía en Coldholme (la aldea cercana a la casa solariega de los Starkey). No sabía si tenía descendientes.

Un sombrío anochecer de marzo llegué a los lugares que describo al principio. Apenas podía entender el dialecto en el que me indicaron la dirección de la casa de la anciana Bridget.

—¿Ve aquellas luces a lo lejos? —me dijeron atropelladamente todo seguido, sin aclararme que tenía que guiarme por las luces lejanas que brillaban en las ventanas de la casa grande, ocupada por un campesino con el cargo de mayordomo, mientras el señor, que tendría entonces veinticuatro o veinticinco años, hacía el viaje obligado por el continente. Aun así, conseguí llegar a la casita de Bridget, una casa baja y cubierta de musgo. La cerca que la había rodeado en tiempos había desaparecido, la maleza del bosque llegaba hasta los muros y debía de oscurecer las ventanas. Serían las siete de la tarde (pronto, según mis criterios londinenses),

pero llamé a la puerta una y otra vez sin recibir respuesta, y no tuve más remedio que llegar a la conclusión de que la inquilina se había acostado ya. Así que me encaminé a la iglesia más próxima que había visto unas tres millas antes en el camino por el que había llegado, convencido de que encontraría alguna posada. A la mañana siguiente volví a Coldholme por un camino que, según el posadero, era mucho más corto que el que había seguido la noche anterior. Era una mañana cruda y fría, las huellas de mis pisadas quedaban marcadas en la escarcha que cubría la tierra. Vi a una anciana en unos matorrales de la orilla del camino y supuse instintivamente que era el objeto de mi búsqueda. Me detuve y la observé. Debió de ser de una talla considerablemente superior a la media en sus buenos tiempos, porque, cuando se incorporó y se irguió, tenía un porte elegante e imperativo. Volvió a inclinarse como si buscara algo en el suelo, salió de aquel lugar con la cabeza inclinada y la perdí de vista. Creo que me desvié del camino y di un rodeo a pesar de las indicaciones del posadero, pues, cuando llegué a la casita de Bridget, ella ya estaba allí, sin el menor asomo de apresuramiento o alteración. Vi la puerta entornada. Llamé y apareció ante mí aquella figura mayestática. Esperó en silencio que le explicase el motivo de mi visita. Había perdido todos los

dientes, por lo que nariz y barbilla se acercaban. Las cejas grises y rectas casi le colgaban sobre los ojos profundos y cavernosos, mientras el tupido cabello blanco le caía en mechones plateados sobre la frente baja, ancha y surcada de arrugas. Esperé un momento sin saber cómo responder a su solemne silencio inquisitivo.

—¿Es usted Bridget Fitzgerald?

Asintió con cabeceo.

—Tengo que decirle algo. ¿Puedo pasar? No querría obligarla a estar de pie.

—No puede usted cansarme —me dijo. Y parecía inclinada a negarme el cobijo de su techo. Pero en seguida (tras escrutarme el alma con sus ojos en un instante) me indicó que pasara y se quitó la capucha de la amplia capa gris que antes le ocultaba parte del rostro. La casa era rústica y tenía pocos muebles. Pero delante del cuadro de la Virgen que ya he mencionado había una tacita llena de prímulas recién cortadas. Mientras rendía homenaje a la Virgen, comprendí qué había salido a buscar entre las matas verdes del bosquecillo resguardado. Luego se volvió y me pidió que me sentara. Yo no dejaba de

observar su semblante, y no vi la maldad que esperaba por las historias que me había contado el posadero la noche anterior. Tenía una expresión alocada, severa, furiosa, indomable, surcada y marcada por los tormentos del llanto solitario, pero en absoluto taimada ni maligna.

—Me llamo Bridget Fitzgerald —dijo, para iniciar la conversación.

—¿Y su marido era Hugh Fitzgerald, de Knock-Mahon, cerca de Kildoon, en Irlanda? Una débil luz titiló en la penumbra de sus ojos.

—Sí.

—¿Puedo preguntarle si tuvieron algún hijo?

La luz de sus ojos se intensificó. Me di cuenta de que quería hablar, pero se atragantó, y mientras no pudiese hablar con calma no iba a hacerlo delante de un desconocido. Al cabo de unos instantes continuó:

—Tuve una hija, Mary Fitzgerald —entonces su fuerte carácter se impuso a su fuerte voluntad y exclamó, con

un grito tembloroso y doliente—: ¡Oh, dígame! ¿Qué es de ella? ¿Qué es de ella?

Se levantó, se acercó, me agarró del brazo y me miró a los ojos. Supongo que leyó en ellos que no sabía nada de su hija, porque volvió a tientas a su asiento y empezó a balancearse con un leve gemido como si yo no estuviese allí. No me atrevía a hablarle a aquella mujer terrible y solitaria. Tras una pequeña pausa, se volvió hacia el cuadro de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, se arrodilló y rezó a la Virgen con todos los fantásticos y poéticos nombres de la Letanía.

—¡Rosa de Sarón! ¡Torre de David! ¡Oh, estrella del mar! ¿No tienes tú ningún consuelo para mi corazón herido? ¿He de esperar eternamente? ¡Concédeme al menos la desesperación! —y continuó así, completamente ajena a mi presencia. Sus oraciones eran cada vez más delirantes, hasta que me pareció que bordeaban la locura y la blasfemia. Hablé, casi involuntariamente, como para detenerla.

—¿Tiene usted alguna razón para pensar que su hija ha muerto?

Se levantó, se acercó y se quedó inmóvil delante de mí.

—Mary Fitzgerald ha muerto —dijo—. No volveré a verla en carne y hueso. No me lo ha dicho nadie, pero lo sé. He deseado tanto verla y la voluntad de mi corazón es tan fuerte y terrible que si viviera ya la habría arrastrado hasta mí, aunque estuviese en el otro extremo del mundo. A veces me asombra que no haya tirado de ella hasta sacarla de la tumba para acudir a mi lado y oírme decirle cuánto la quiero. Porque, verá, señor, nos separamos enfadadas.

Yo solo conocía los datos necesarios para mi investigación legal, pero no pude evitar sentir lástima por aquella mujer desolada; y ella debió percibir aquella insólita compasión con su mirada triste.

—Sí, señor, es la verdad. Ella nunca supo cuánto la quería; y nos separamos enfadadas; y temo haber deseado que no le fuese bien en su viaje, con el único propósito… ¡Virgen santísima! Verá, lo único que quería era que volviera a casa, a los brazos de su madre, al lugar más feliz de la tierra; pero mis deseos son terribles, su poder excede mi pensamiento… y si mis palabras hicieron daño a Mary no me queda ninguna esperanza.

—Pero no sabe si está muerta. Ahora mismo tenía la esperanza de que estuviese viva. Escúcheme —dije, y le conté la historia que he explicado, de la forma más sucinta posible, porque quería conjurar la lucidez que estaba casi seguro que había poseído en sus años más jóvenes para que se concentrara en los detalles, conteniendo el vago desatino de su desconsuelo.

Ella me escuchó con mucha atención, formulando de cuando en cuando preguntas que me convencieron de que trataba con una inteligencia nada común, aunque ofuscada y quebrantada por la soledad y por un misterioso dolor. Luego retomó su historia y me resumió en pocas palabras sus vagabundeos por el extranjero buscando en vano a su hija: unas veces siguiendo las huellas de los ejércitos, otras en campamentos, otras en las ciudades. La dama a quien Mary había ido a servir como doncella había muerto poco después de la fecha de su última carta a casa; su marido, el oficial extranjero, había servido en Hungría, adonde Bridget le había seguido, pero demasiado tarde ya para encontrarle. Llegaron a ella vagos rumores de que Mary había hecho una gran boda, y se añadió la espina de esta duda: con su nuevo apellido, podría estar cerca de su hija perdida y no

identificarla, aunque oyese hablar de ella todos los días. Finalmente, se le ocurrió que Mary podría haber vuelto a casa mientras ella la buscaba y estar en Coldholme, en la Cuenca de Bolland, en Lancashire, en Inglaterra; así que regresó a su hogar desolado y vacío con la vana esperanza de encontrarla. Y luego decidió que sería más seguro quedarse allí, porque era donde Mary buscaría a su madre si seguía viva.

Anoté los detalles del relato que podrían serme útiles, porque me sentí estimulado de una forma extraña y singular a proseguir la búsqueda. Era como si me hubiesen inculcado la idea de que tenía que seguir mis pesquisas donde Bridget las había dejado: y esto sin razón alguna que hubiese influido previamente en mí (como podría ser la preocupación de mi tío por el asunto, mi propio prestigio como abogado, etc.), sino más bien como si algún poder extraño se hubiese adueñado de mi voluntad aquella misma mañana, obligándome a seguir la dirección que él quería.

—Me marcharé —le dije—. No cejaré en la búsqueda. Confíe en mí. Descubriré todo lo que se pueda descubrir. Sabrá usted todo lo que el dinero, el esfuerzo o el ingenio

puedan averiguar. Es cierto que tal vez haya muerto hace mucho, pero podría haber dejado un hijo.

—¡Un hijo! —exclamó, como si nunca se le hubiese ocurrido semejante idea—. ¡Escucha, Virgen santísima! Dice que Mary puede haber dejado un hijo. ¡Y nunca me lo has dicho, aunque rezo pidiéndote una señal, despierta o dormida!

—¡Bueno! —dije—. Yo solo sé lo que usted me ha contado. Dice que le hablaron de su matrimonio.

Pero ya no me oía. Estaba rezando a la Virgen en una especie de éxtasis que parecía hacer que se olvidara completamente de mí.

Desde Coldholme fui a ver a sir Philip Tempest. La esposa del oficial extranjero era prima de su padre, y creí que podría facilitarme algunos datos sobre la vida del conde de la *Tour d'Auvergne* y decirme dónde podría encontrarle; porque sabía que las preguntas de *vive voix* ayudan a refrescar la memoria y estaba decidido a no escatimar esfuerzos. Pero sir Phillip se había ido al extranjero y tardaría un tiempo en recibir una respuesta. Así que seguí el consejo de mi tío, a quien

le había mencionado lo cansado que me sentía física y mentalmente por aquella búsqueda quimérica. Él se apresuró a proponerme que fuese a Harrogate y que esperase allí tranquilamente la respuesta de sir Philip. Debía estar cerca de uno de los lugares relacionados con mi investigación, Coldholme; no lejos de sir Philip Tempest, por si volvía y quería preguntarle algo más; me ordenó, en conclusión, que procurase olvidarme del asunto una temporada.

Era más fácil decirlo que hacerlo. He visto a un niño pequeño arrastrado por el viento en un prado que no podía hacer nada para oponerse a su fuerza tempestuosa. Yo me encontraba en la misma situación en cierto modo, por lo que se refiere al estado de ánimo. Algo irresistible parecía espolear mi pensamiento a seguir todos los caminos que ofreciesen una oportunidad de alcanzar mi objetivo. Cuando salía a pasear no veía los amplios páramos y, cuando sostenía un libro en la mano y leía, el significado de las palabras no llegaba a mi cerebro. Si dormía, seguía con las mismas ideas, que fluían siempre en la misma dirección. Aquello no podía prolongarse mucho tiempo sin efectos físicos perniciosos. Tuve una enfermedad que fue un alivio, aunque me atormentara

el dolor, porque me obligaba a vivir en el presente y no en las búsquedas visionarias que había realizado previamente. Mi bondadoso tío acudió a cuidarme y, en cuanto desapareció el peligro inmediato, mi vida se deslizó en una deliciosa languidez dos o tres meses. Temía tanto volver a la anterior vía de pensamiento que no pregunté si había llegado la respuesta de sir Philip a mi carta. Había conseguido olvidarme de aquel asunto. Mi tío se quedó conmigo casi hasta el verano y luego volvió a su trabajo de Londres, dejándome muy bien, aunque no había recuperado del todo las fuerzas. Tenía que seguirle quince días después, y me dijo que entonces echaríamos «un vistazo a la correspondencia y hablaremos de varios asuntos». Sabía a qué aludía el breve discurso y eludí los pensamientos que sugería y que estaban tan íntimamente relacionados con mis primeros síntomas de enfermedad. Por otra parte, todavía disponía de dos semanas para vagar por los vigorizantes páramos del condado de York.

En aquel entonces había una posada grande y laberíntica en Harrogate, cerca del balneario, aunque se estaba quedando pequeña para albergar a los numerosos visitantes, y muchos se alojaban en las casas de campo de los alrededores. Era tan al principio de la temporada que

casi tenía la posada para mí solo; y había establecido una relación tan íntima con el posadero y la posadera durante mi larga enfermedad, que me sentía como si estuviera de visita en una casa particular. Ella me reñía maternalmente por pasear por los páramos hasta tarde, o por pasar demasiado tiempo sin comer; y él me consultaba sobre cosechas y vinos, y me enseñó muchos trucos de la región sobre caballos. Solía encontrarme con otros forasteros en mis vagabundeos. Antes incluso de que mi tío se fuese, me había fijado, con curiosidad un tanto abúlica, en una joven muy atractiva que iba siempre acompañada de una señora de más edad cuyo aspecto me predispuso a su favor, aunque no era una dama. La más joven se cubría con un velo cuando se aproximaba alguien, así que solo había vislumbrado su rostro, alguna que otra vez al tropezarme con ella en una curva inesperada del camino. No estoy seguro de que fuese bello, aunque después sí me lo pareció. Pero lo ensombrecía entonces una tristeza invariable: una expresión de sufrimiento intenso, resignada, silenciosa, y una palidez que me atrajo de forma irresistible, no con amor sino con un profundo sentimiento de compasión por una persona tan joven y tan desdichada. Su acompañante compartía algo

de aquella misma expresión: una silenciosa melancolía, desesperada, pero resignada.

Pregunté al posadero quiénes eran. Me dijo que se llamaban Clarke, y que querían que las consideraran madre e hija, aunque él no creía que lo fuesen ni que aquel fuese su verdadero nombre. Llevaban algún tiempo en la zona de Harrogate y se alojaban en una granja remota. La gente de allí no decía nada sobre ellas, solo explicaba que pagaban generosamente y que nunca hacían nada malo; así que ¿Por qué hablar de cosas extrañas que pudiesen suceder? Y eso, comentó astutamente el posadero, indicaba que había algo fuera de lo común; se había enterado de que la mujer mayor era prima del granjero en cuya casa se alojaban, por lo que el respeto que existe entre parientes tal vez los ayudara a guardar silencio.

«¿Cuál creía él, entonces, que era la razón de su absoluto aislamiento?», le pregunté.

«No, no podía decirlo, él no. Había oído que la joven gastaba bromas extrañas a veces, a pesar de lo tranquila que parecía».

Negó con un cabeceo cuando le pedí que precisara un poco y no quiso añadir más, lo cual me hizo dudar que supiese algo, porque era un hombre bastante parlanchín y expansivo. Cuando se marchó mi tío y a falta de otros intereses, me dediqué a observar a aquellas dos mujeres. Rondaba los lugares por los que paseaban, atraído por una fascinación extraña que no disminuyó por el visible enojo que manifestaban al encontrarme con tanta frecuencia. Un día tuve la suerte inesperada de estar cerca en un momento en que se asustaron por el ataque de un toro, algo muy peligroso en una región donde el ganado pastaba libremente. Pero tengo que relatar otras cosas más importantes que el accidente que me dio la oportunidad de salvarlas; baste decir ahora que este suceso fue el principio de una relación que ellas aceptaron de mala gana y yo busqué afanosamente. No puedo determinar cuándo se convirtió en amor la curiosidad, pero no hacía ni diez días que se había marchado mi tío y ya estaba apasionadamente enamorado de la señorita Lucy, como la llamaba su compañera evitando con cuidado (me fijé bien) cualquier tratamiento que indicara igualdad de condición entre ambas. También me di cuenta de que la señora Clarke, la mayor, se alegraba de la evidente atracción que me inspiraba la joven, pese a su renuencia

inicial a permitir que les prodigara mis atenciones; eso parecía aliviar la pesada carga de sus cuidados y era obvio que veía con buenos ojos mis visitas al lugar en que se alojaban. No sucedía lo mismo en el caso de Lucy. No he conocido nunca a una persona más atractiva, a pesar de su actitud de abatimiento y de que me evitase y me rehuyese. Al mismo tiempo, estaba seguro de que, fuera cual fuese la causa de su pesadumbre, no se debía a ninguna falta suya. Era difícil arrastrarla a la conversación, pero cuando conseguía que hablara por breves instantes podía ver en su rostro una rara inteligencia y una mirada grave y confiada en los dulces ojos grises que alzaba un momento hacia los míos. Recurrí a todas las excusas imaginables para visitar a las dos mujeres. Busqué flores silvestres para Lucy; planeé paseos para ella y observé el firmamento de noche, con la esperanza de que alguna belleza insólita del cielo justificase tentar a la señora Clarke y a Lucy a ir a los páramos a contemplar la gran cúpula purpúrea.

Me parecía que Lucy era consciente de mi amor; pero que debía rechazarme por algún motivo que yo no podía adivinar; luego veía de nuevo, o imaginaba, que, pese a todo, su corazón hablaba en mi favor, y

que se estaba librando un combate en su alma, que a veces habría llegado yo a rogarle que se ahorrase (tan encarecidamente amaba), aun a riesgo de sacrificar con ello la felicidad de toda mi vida; porque la palidez de su rostro aumentaba, su aire afligido era más desesperado y su porte delicado aún más frágil. He de decir que en aquel tiempo yo había escrito a mi tío rogándole que me permitiera prolongar mi estancia en Harrogate, sin explicarle la razón; pero era tanta la ternura con que me trataba, que pocos días después recibí una carta suya en la que me daba gustosamente permiso, y solo me pedía que me cuidase mucho y no hiciese demasiado ejercicio si hacía calor.

A última hora de un día caluroso me acerqué a la granja. Las ventanas de la sala estaban abiertas y oí voces cuando doblé la esquina de la casa, al pasar por la primera ventana (había dos en su pequeña habitación de la planta baja). Vi claramente a Lucy; pero cuando llamé a su puerta (la de la casa estaba siempre entornada) se había marchado y vi solo a la señora Clarke, que revolvía los utensilios de la labor con nerviosismo y sin propósito claro. Intuí que íbamos a tener una conversación de cierta importancia, en la que se esperaba que explicara

el motivo de mis frecuentes visitas. Me alegré de la oportunidad. Mi tío había aludido varias veces a la grata posibilidad de que apareciese con una esposa joven que adornara y alegrara la vieja casa de Ormond Street. Él era rico y yo iba a sucederle y, como bien sabía, tenía bastante prestigio para ser un abogado tan joven. No veía ningún obstáculo por mi parte. Era cierto que Lucy era un misterio: creía que su apellido no era Clarke y no sabía nada de su origen, de su familia ni de su vida anterior. Pero no dudaba de su bondad ni de su tierna inocencia; y, aunque sabía que algo doloroso debía explicar su abrumadora tristeza, estaba dispuesto a sobrellevar mi parte de su pesar, fuese cual fuese.

La señora Clarke empezó a hablar como si la aliviara abordar el tema.

—Hemos pensado, señor (al menos yo lo he pensado), que sabe usted muy poco de nosotras, en realidad, y nosotras sabemos muy poco de usted; no lo suficiente para justificar la estrecha relación que hemos establecido. Le ruego me disculpe, señor —añadió nerviosa—, soy solo una mujer sencilla y no pretendo ser grosera con usted; pero debo decir claramente que creo, que creemos

que más vale que no venga a vernos tan a menudo. Lucy está muy desvalida, y…

—¿Por qué no habría de venir a verlas, estimada señora? —pregunté yo, impaciente, alegrándome de tener oportunidad de explicarme—. Confieso que vengo porque he aprendido a amar a la señorita Lucy y deseo enseñarla a amarme.

La señora Clarke movió la cabeza y suspiró.

—¡No, caballero, no… ni la ame ni intente ganarse su amor, por lo que considere más sagrado! Si llego demasiado tarde y ya la ama usted, olvídela… olvide estas últimas semanas.

—¡Oh! ¡Debí haber impedido que viniera! —añadió con vehemencia—. Pero ¿qué voy a hacer? Estamos abandonadas por todos, salvo por Dios, e incluso Él permite que nos aflija un poder extraño y maligno. ¿Qué voy a hacer? ¿Cuándo acabará esto? —Se retorció las manos, angustiada. Luego se volvió hacia mí—: ¡Váyase, caballero! Váyase antes de que llegue a quererla más. Se lo pido por su propio bien. ¡Se lo ruego! Ha sido muy bondadoso y muy amable con nosotras, y siempre le

recordaremos con gratitud. Pero ¡ahora váyase y no vuelva a cruzarse en nuestro fatídico camino!

—Le aseguro que no haré tal cosa, señora —repuse—. Me lo pide por mi propio bien. No tengo miedo, a pesar de lo que me dice, ni otro deseo que saber más, saberlo todo. Después de haber conocido a la señorita Lucy en toda la intimidad que han permitido estos últimos quince días he podido apreciar su bondad y su inocencia y me he dado cuenta (perdóneme, señora) de que por alguna razón son ustedes dos mujeres muy solitarias y viven sumidas en una desazón y una pesadumbre misteriosas. Y, aunque personalmente no soy poderoso, tengo amigos tan buenos y sabios que podríamos decir que tienen poder. Cuénteme algunos pormenores. ¿Cuál es la causa de su pesar? ¿Cuál es su secreto? ¿Por qué están aquí? Declaro solemnemente que nada de lo que ha dicho me hace desistir del firme propósito de convertirme en marido de Lucy; y no retrocederé ante ninguna dificultad para conseguirlo. Dice usted que no tienen amigos… ¿Por qué rechazar entonces a un amigo sincero? Yo les diré a quién deben escribir y quién responderá sobre mi carácter y mis perspectivas. No me opongo a que investiguen.

La señora Clarke sacudió la cabeza de nuevo.

—Es mejor que se marche, señor. No sabe usted nada de nosotras.

—Sé cómo se llaman —alegué—, y la he oído a usted hablar de la región de la que proceden y sé que es un lugar inhóspito y solitario. Vive allí tan poca gente que sería muy fácil informarme acerca de ustedes si decidiese ir, pero preferiría oírlo de sus propios labios.

Ya ves que quería pincharla para que me dijese algo concreto.

—Usted no sabe nuestros verdaderos nombres, señor —dijo sin pensarlo.

—Bueno, eso ya lo suponía. Pero dígame entonces, se lo suplico. Dígame qué razones tiene para desconfiar de mi sincero deseo de cumplir mi palabra respecto a la señorita Lucy.

—¡Oh! ¡Qué puedo hacer yo! —exclamó—. ¿Y si estoy rechazando a un verdadero amigo?…

—¡Espere! —añadió, tomando una decisión súbita—. Le contaré algo. No puedo contárselo todo, no me creería. Pero tal vez pueda explicarle lo suficiente para impedir que continúe con esta relación sin esperanza. No soy la madre de Lucy.

—Ya lo suponía. Continúe —repuse.

—Ni siquiera sé si es hija legítima o ilegítima de su padre. Pero él se ha vuelto cruelmente contra ella; y su madre murió hace mucho tiempo. Y, por alguna razón terrible, no cuenta con ninguna otra persona que le sea fiel. Hace solo dos años era tan querida en casa de su padre, era el orgullo de él. Pero, señor, la rodea algo misterioso que podría manifestarse en cualquier momento; y entonces usted se iría como los demás; y, cuando volviese a oír su nombre, la despreciaría. Ya lo han hecho otros que la han amado más tiempo. ¡Mi pobre niña! Ni Dios ni los hombres se apiadan de ella… ¡Ay, entonces se moriría!

El llanto interrumpió a aquella buena mujer. Confieso que sus últimas palabras me desconcertaron un poco; pero solo un instante. No me iría hasta que averiguara claramente qué estigma misterioso afectaba a una joven

que parecía tan sencilla y pura como Lucy, y así se lo dije. Y ella me contestó:

—Si se atreve a pensar mal de mi niña, conociéndola como la conoce, no es un hombre bueno, señor. Pero yo soy tan boba y estoy tan desamparada con mi profundo dolor que me gustaría encontrar un amigo en usted. No puedo dejar de confiar en que se apiade de nosotras, aunque ya no la quiera como un enamorado, y en que tal vez con sus conocimientos pueda decirnos dónde buscar ayuda.

—Le suplico que me diga cuál es este misterio —exclamé, casi enloquecido por la incertidumbre.

—No puedo hacerlo —dijo muy seria—. He hecho voto solemne de guardar el secreto. Si alguien se lo cuenta, ha de ser ella.

Salió de la habitación y yo me quedé cavilando sobre tan extraña entrevista. Hojeé maquinalmente los pocos libros que había allí y recorrí sin verlas las señales de la frecuente presencia de Lucy en la estancia. Cuando llegué a casa por la noche, recordé que todos aquellos detalles indicaban un corazón puro y tierno y una vida

inocente. Regresó la señora Clarke; había estado llorando desconsolada.

—Sí —me dijo—, es lo que me temía: ella le ama tanto que está dispuesta a correr el tremendo riesgo de contárselo. Reconoce que hay muy pocas posibilidades; pero su comprensión será un bálsamo, si se la concede. Venga mañana por la mañana a las diez; y lo mismo que espera piedad en la hora de su muerte, absténgase de mostrar el miedo o la aversión que pueda inspirarle alguien tan afligido.

Esbocé una leve sonrisa.

—No tema —dije. La sola idea de sentir aversión por Lucy me parecía demasiado absurda.

—Su padre la quería mucho —dijo ella muy seria—, pero la expulsó como si fuera un monstruo.

Se oyó entonces una carcajada en el jardín. Era la voz de Lucy, y parecía hallarse a un lado de la ventana abierta y que los dichos o hechos de alguien la hacían reír de pronto casi con estrépito. No sé por qué, pero el sonido me enervó indeciblemente. Ella sabía cuál era el

tema de nuestra conversación y tenía que haber notado al menos el nerviosismo de su amiga; ella misma tan amable y sosegada en general. Me dispuse a levantarme para acercarme a la ventana y satisfacer mi curiosidad instintiva por lo que había causado aquella carcajada intempestiva, pero la señora Clarke me obligó a seguir sentado, sujetándome con todo el peso y la fuerza de su mano.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó, pálida y temblorosa—, quédese sentado; no se mueva. ¡Oh! Sea paciente. Mañana lo sabrá todo. Déjenos, pues estamos profundamente afligidas. No intente saber más sobre nosotras.

De nuevo aquella risa, tan musical, pero tan discordante en mi corazón. La señora Clarke me sujetó con más fuerza todavía; no podría haberme levantado sin violencia manifiesta. Estaba de espaldas a la ventana, pero sentí pasar una sombra entre el calor del sol y yo, y un extraño estremecimiento en todo el cuerpo. La señora Clarke me soltó al cabo de unos instantes.

—Márchese —repitió—. Hágame caso, se lo pido una vez más. No creo que soporte saber lo que busca.

Si me hubiese escuchado, Lucy nunca habría cedido y prometido contárselo todo. Quién sabe lo que pasará…

—No he cambiado de idea. Quiero saberlo todo. Volveré mañana a las diez y espero ver entonces a la señorita Lucy.

Me marché, dudando de la cordura de la señora Clarke, lo confieso.

Me obsesionaban las conjeturas sobre el significado de sus insinuaciones e ideas inquietantes relacionadas con aquella extraña risa. No pude dormir. Me levanté temprano y, mucho antes de la hora acordada, estaba ya en el camino al otro lado del ejido que daba a la antigua casa de campo en la que se alojaban. Supongo que Lucy no había pasado mejor noche que yo, porque allí estaba ella también, caminando despacio con su paso regular, los ojos bajos y el aspecto más santo y más puro del mundo. Se sobresaltó cuando me acerqué a ella y palideció más cuando le recordé mi cita y hablé con cierta impaciencia de los obstáculos que se me ocurrieron al verla de nuevo. Todas las insinuaciones extrañas y terribles y la risa alocada estaban olvidadas. Mi corazón sugirió palabras ardientes y mi lengua las formuló. Ella palidecía

y recuperaba el color mientras escuchaba; pero, cuando terminé el apasionado discurso, alzó sus dulces ojos y me dijo:

«—Pero sabe que aún tiene que conocer algo sobre mí. Solo quiero decirle que no le tendré en menos, es decir, que no le tendré en menos si se aparta de mí también cuando lo sepa todo.

¡Espere! —añadió, como si temiese otra serie de disparates—. Escúcheme. Mi padre es un hombre muy rico. No conocí a mi madre, debió de morir cuando yo era muy pequeña. Mis primeros recuerdos son de una casa grande y solitaria en la que vivía con mi fiel y querida señora Clarke. Ni siquiera mi padre estaba con nosotras; era, es, militar, en el servicio extranjero. Pero volvía de cuando en cuando y creo que cada vez me quería más. Me traía cosas extrañas de tierras lejanas que me demostraban lo mucho que debía pensar en mí en sus ausencias. Ahora puedo sentarme a sopesar la profundidad de su amor perdido por criterios así. Entonces nunca pensaba si me quería o no, su cariño era algo tan natural como el aire que respiraba. Pero ya entonces era un hombre colérico a veces, aunque nunca conmigo. Era también

muy temerario; y oí murmurar a menudo a los sirvientes que pesaba sobre él una maldición y que lo sabía, y que intentaba no pensar en ello ahogándolo en una actividad frenética. E incluso a veces en vino, señor. Así que me crie en esa gran mansión, en aquel lugar solitario. Todo lo que me rodeaba parecía a mi disposición, y creo que todos me querían; estoy segura de que yo les quería a todos. Hasta que hace unos dos años, lo recuerdo muy bien, mi padre vino a Inglaterra a vernos. Y parecía muy contento y orgulloso de mí y de todo lo que hacía. Y un día el vino pareció soltarle la lengua y me contó muchas cosas que yo no sabía: que había querido mucho a mi madre, pero que su conducta obstinada había sido la causa de su muerte. Y luego me dijo que me quería más que a nadie en el mundo, y que esperaba llevarme al extranjero algún día porque no soportaba aquellas largas separaciones de su única hija. Y entonces cambió bruscamente de actitud y me dijo, de un modo extraño y disparatado, que no creyera lo que acababa de decirme, que había muchas cosas que quería más, su caballo, su perro y muchas otras cosas.

Y cuando fui a su habitación al día siguiente por la mañana para pedirle la bendición como tenía por

costumbre, me recibió con palabras furiosas e iracundas. Me preguntó por qué había estado divirtiéndome con aquella diablura insensata de bailar en los macizos donde estaban plantados los famosos bulbos que él había traído de Holanda. Yo aún no había salido de la casa aquella mañana, señor, y no entendía qué quería decir, y así se lo expliqué. Entonces él me maldijo por mentirosa y me dijo que no era buena porque me había visto hacer aquella diablura con sus propios ojos. ¿Qué podía decir yo? No me escuchaba, y parecía que mis lágrimas lo enfurecieran más. Aquel día fue el principio de mis grandes aflicciones. Poco después, me reprochó mi familiaridad impropia (inadmisible en una dama) con sus caballerizos. Dijo que había estado en las cuadras riéndome y hablando con ellos. Pero verá usted, señor, yo soy un poco cobarde por naturaleza y siempre he tenido miedo a los caballos; por otra parte, los sirvientes de mi padre (los que traía con él del extranjero) eran unos individuos brutales y siempre los evitaba y no hablaba con ellos, salvo como debe hacerlo una dama que necesita hablar de vez en cuando con la gente de su padre. Pero él me insultó llamándome cosas que, aunque apenas sé lo que significan, sentía que eran vergonzosas para cualquier mujer honesta; y a partir de ese día se volvió completamente contra mí;

y, en fin, señor, pocas semanas después, entró con una fusta en la mano; y, acusándome con dureza de malas acciones de las que yo no sabía más que usted, señor, se dispuso a golpearme mientras yo lloraba desconcertada, dispuesta a aceptar los latigazos como una bendición comparados con sus insultos, cuando, de pronto, detuvo el brazo alzado, jadeó y exclamó, tambaleándose: "¡La maldición… la maldición!". Alcé los ojos aterrada. Me vi en el gran espejo que tenía enfrente, y justo detrás de mí vi a mi otro yo malvado y espantoso y tan exacto a mí que parecía que mi alma vacilaba en mi interior como si no supiese a cuál de las dos imágenes del cuerpo pertenecía. Mi padre vio a mi doble al mismo tiempo que yo, bien en su aterradora realidad, fuese la que fuese, o en la imagen reflejada en el espejo, no menos espantosa. No sé lo que pasó a continuación porque me desmayé y cuando recobré el conocimiento estaba en la cama con mi fiel Clarke sentada a mi lado. Guardé cama varios días, e incluso mientras yo seguía acostada todos veían a mi doble en la casa y en los jardines, haciendo siempre algo dañino o detestable. No es extraño que todo el mundo se apartase de mí, aterrado, ni que mi padre me echara al final cuando ya no pudo soportar más tiempo la desgracia de la que yo era causa. Me acompañó la señora Clarke, e

intentamos llevar una vida piadosa y de oración que tal vez pueda liberarme con el tiempo de la maldición».

Yo había estado dando vueltas a su historia mientras ella hablaba. Siempre había tomado los casos de brujería por meras supersticiones y mi tío y yo habíamos tenido más de una discusión sobre el asunto, apoyándose él en la opinión de su buen amigo sir Matthew Hale. Sin embargo, aquello parecía la historia de una embrujada; ¿o serían solo los efectos de una vida de aislamiento extremo en los nervios de una muchacha sensible? El escepticismo me inclinaba a aceptar esta última hipótesis, y cuando Lucy hizo una pausa dije:

—Supongo que un médico podría haber desengañado a su padre de su creencia en las visiones.

En ese preciso momento, estando como estaba frente a Lucy a la luz plena y perfecta de la mañana, vi detrás de ella otra figura muy parecida, de un parecido absoluto en cuanto a la forma, los rasgos y los detalles más nimios del atuendo, pero con un alma diabólica repugnante en los ojos grises, alternativamente burlona y voluptuosa. Se me paró el corazón, se me pusieron los pelos de punta y la carne de gallina ante aquel horror. No veía a la seria y

tierna Lucy, estaba fascinado por la otra criatura. No sé por qué, pero tendí la mano para agarrarla. Solo toqué el vacío y se me heló la sangre en las venas. Me quedé ciego un instante; luego recuperé la vista y vi a Lucy delante de mí, sola, mortalmente pálida, y casi habría dicho que más pequeña.

—¿Ha estado cerca de mí? —dijo, como si no lo supiera.

El sonido parecía arrancado de su voz, ronco como las notas de un viejo clavicémbalo cuando las cuerdas dejan de vibrar. Supongo que leyó la respuesta en mi rostro, porque yo era incapaz de hablar. Vi en su mirada el pánico, que cedió luego el paso a una humilde resignación. Finalmente pareció obligarse a mirar atrás y a uno y otro lado: vio los brezales cárdenos y las lejanas colinas azules temblando a la luz del sol, pero nada más.

—¿Me acompaña a casa? —dijo dócilmente.

Le di la mano y caminamos en silencio entre los brezos en flor. No nos atrevíamos a hablar, porque no sabíamos si aquella criatura aterradora estaría escuchando, aunque no la viésemos, pero podría

aparecer de pronto y separarnos. Nunca la quise más tiernamente que en aquellos momentos, cuando (y ese era el sufrimiento indescriptible) la idea de ella se fundía tan inextricablemente con la escalofriante noción de Aquello. Creo que ella comprendió lo que pensaba. Me soltó la mano en cuanto llegamos a la puerta del jardín y fue a ver a su amiga, que esperaba nerviosa junto a la ventana. Yo no pude entrar en la casa: necesitaba silencio, compañía, ocio, cambio (no sabía qué) para disipar la sensación de la presencia de aquella criatura. Pero me quedé en el jardín, no sé muy bien por qué. Supongo que en parte porque temía volver a encontrarme con el doble en el ejido solitario donde se había esfumado, y en parte por un indescriptible sentimiento de compasión por Lucy. A los pocos minutos, salió la señora Clarke y se acercó. Dimos unos pasos en silencio.

—Ahora ya lo sabe todo —me dijo con gravedad.

—Lo he visto —dije entre dientes.

—Y ahora se apartará de nosotras —añadió, con una desesperanza que avivó todo lo bueno y valeroso que había en mí.

—Nada de eso —dije—. El género humano rehúye el enfrentamiento con los poderes de las tinieblas, y la pura y bendita Lucy es su víctima, por alguna razón que desconozco.

—Los hijos pagan por los pecados de los padres —dijo ella.

—¿Quién es su padre? —pregunté—. Creo que sabiendo todo lo que sé, sin duda puedo saber más, saberlo todo. Cuénteme todo lo que se le ocurra de esta persecución diabólica de que es objeto una joven tan bondadosa, se lo ruego, señora.

—Lo haré, pero ahora no. Ahora tengo que ir con Lucy. Venga esta tarde, le veré a solas. ¡Ay, señor, espero que encuentre la forma de ayudarnos en esta gran desgracia!

Estaba abatido y agotado por el vertiginoso pavor que se había apoderado de mí. Llegué a la posada tambaleante como si estuviera ofuscado por el vino. Fui a mi habitación. Tardé un rato en darme cuenta de que había llegado el correo de la semana y me había traído cartas. Había una de mi tío, una de mi familia de Devonshire y una reenviada desde la primera dirección,

sellada con un gran escudo de armas. Era de sir Philip Tempest: había recibido mi carta pidiéndole información sobre Mary Fitzgerald en Lieja, donde estaba acuartelado entonces el conde de la *Tour d'Auvergne*. Este recordaba a la hermosa doncella de su mujer; había discutido con la difunta condesa sobre su relación con un caballero inglés de buena posición que estaba también en el servicio extranjero. La condesa desconfiaba de las intenciones de este caballero, mientras que Mary, orgullosa y vehemente, aseguraba que se casaría con ella y consideraba una ofensa las advertencias de su ama. Al final, Mary había dejado el servicio de la señora de la *Tour d'Auvergne* y, según creía el conde, se había ido a vivir con el inglés, no sabía si se habían casado o no. Sir Philip Tempest añadía: «Pero puede usted enterarse de los pormenores que desee conocer respecto a Mary Fitzgerald por el propio inglés, si, como supongo, no es otro que mi vecino y antiguo conocido el señor Gisborne de Skipford Hall, West Riding. Me inducen a creerlo algunos pequeños detalles, ninguno de los cuales es de suyo concluyente, pero que, considerados en conjunto, aportan un cuerpo de pruebas presuntivas. Por lo que pude colegir de la pronunciación del conde, el extranjero se llamaba Gisborne; sé que Gisborne de Skipford se

hallaba en el extranjero y en el servicio exterior en esa época, era un individuo muy capaz de tal hazaña y, sobre todo, me vuelven a la memoria ciertos comentarios que hizo respecto a la anciana Bridget Fitzgerald de Coldholme, con quien se encontró una vez que se alojaba conmigo en la mansión de los Starkey. Recuerdo que parecía muy impresionado por el encuentro, como si hubiese descubierto súbitamente alguna posible relación de ella con su vida anterior. Le ruego que me haga saber si puedo prestarle más ayuda. Su tío me hizo una vez un gran favor y será un placer corresponder ayudando a su sobrino en cuanto pueda».

Parecía que me acercaba a lo que buscaba desde hacía tantos meses. Pero la conclusión había perdido su atractivo. Dejé las cartas y me concentré absorto en lo que me había pasado durante la mañana. Nada era real salvo la presencia irreal que había penetrado como una ráfaga maléfica por mis ojos corporales y ardía en mi cerebro. Me llevaron la comida y la retiraron intacta. A primera hora de la tarde fui dando un paseo a la granja. Encontré a la señora Clarke sola, y me alegré; me sentí aliviado. Era evidente que estaba dispuesta a contarme todo lo que quisiera saber.

—Me preguntó el verdadero apellido de la señorita Lucy. Es Gisborne —empezó.

—¿No será Gisborne de Skipford? —exclamé, esperando la respuesta sin aliento.

—El mismo —contestó con voz queda, sin percatarse de mi actitud—. Su padre es una persona de renombre; aunque no puede ostentar en este país el rango que por su condición le corresponde, por ser católico. Por eso pasa mucho tiempo en el extranjero, tengo entendido que es militar.

—¿Y la madre de Lucy? —pregunté. Movió la cabeza.

—No la conocí —dijo—. Lucy tenía unos tres años cuando me llamaron para hacerme cargo de ella. Su madre había muerto.

—Pero sabrá usted cómo se llamaba. ¿Puede decirme si se llamaba Mary Fitzgerald? —Me pareció asombrada.

—Ese era su nombre. Pero, señor, ¿cómo sabe tanto sobre este asunto? Era un misterio para todos en la mansión de los Skipford. Se trataba de una mujer joven

y bella a la que él separó con engaños de sus protectores cuando estaba en el extranjero. Tengo entendido que la engañó de un modo terrible y que cuando ella se enteró no pudo soportarlo y huyó de sus brazos y se arrojó a la rápida corriente de un río y se ahogó. Eso causó un profundo remordimiento al señor Gisborne, pero yo creía que el recuerdo de la muerte cruel de la madre le haría amar todavía más a la hija.

Le conté lo más brevemente posible mis investigaciones para encontrar al descendiente y heredero de los Fitzgerald de Kildoon, y añadí (recuperando de momento un poco el espíritu de abogado) que no me cabía duda alguna de que demostraríamos que Lucy era por derecho dueña de grandes fincas en Irlanda.

Ningún rubor animó su rostro apagado; ningún brillo alegró sus ojos.

—¿Y qué es toda la riqueza del mundo para esa pobre chica? —dijo—. No la liberará del hechizo atroz que la persigue. Y el dinero, ¡qué poco vale! No puede cambiar nada.

—Tampoco puede hacerle daño esa criatura maligna —dije yo—. Su bendita naturaleza es ajena a ella y todas las artes diabólicas del mundo no serían capaces de mancharla ni contaminarla.

—¡Cierto! Pero es un destino cruel saber que todos se apartan de ella, tarde o temprano, como de una posesa maldita.

—¿Y cómo ocurrió?

—No lo sé. Hay antiguos rumores que corrían entre la gente de la casa en Skipford.

—Cuénteme —requerí.

—Procedían de los sirvientes, que son tan amigos de explicarlo todo. Dicen que hace muchos años el señor Gisborne mató al perro de una vieja bruja de Coldholme y que ella pronunció una misteriosa y terrible maldición contra la criatura a quien él más amase, fuera quien fuese, y que eso le llegó tan hondo que durante muchos años procuró resistirse a la tentación de amar a alguien. Pero ¿quién podía evitar querer a Lucy?

—¿Y no recuerda el nombre de la bruja? —pregunté jadeante.

—Sí, la llamaban Bridget. Decían que no volvió a acercarse a aquel lugar por miedo a ella. ¡Y eso que era un hombre valiente!

—Escuche —le dije, sujetándole el brazo para captar toda su atención—, si lo que supongo es cierto, ese hombre le robó a Bridget a su única hija, a la misma Mary Fitzgerald, la madre de Lucy. Y si es así, Bridget le maldijo sin conocer el daño más profundo que él le había infligido. Todavía suspira por su hija perdida y pregunta a los santos si sigue viva. Las raíces de la maldición son más hondas de lo que cree: le castigó sin saberlo por algo más grave que matar a un animalillo. Los pecados de los padres los pagan verdaderamente los hijos.

—Pero ella no permitiría que el mal recayese en su nieta —dijo emocionada la señora Clarke—. Creo que, si es cierto lo que me dice, hay esperanzas para Lucy. Vamos, vamos inmediatamente a decirle a esa mujer terrible todo lo que usted sospecha y roguémosle que deshaga el maleficio que tortura a su nieta inocente.

Consideré que el mejor camino que podíamos seguir era algo así. Pero no podía limitarme a aceptar lo que podrían ser simples rumores o habladurías sin fundamento, tenía que hacer más comprobaciones. Pensé de nuevo en mi tío, él me aconsejaría sabiamente, tenía que ponerle al corriente de todo. Resolví ir a verle sin más dilación; pero decidí no revelar a la señora Clarke todos los planes visionarios que se me pasaban por la cabeza. Me limité a comunicarle mi intención de ir directamente a Londres para resolver los asuntos de Lucy. Le pedí que creyera que tenía más interés que nunca en defender a la joven y que dedicaría todo el tiempo a su causa. Pero tenía demasiadas ideas en la cabeza para poder expresarme con claridad, y vi que la señora Clarke desconfiaba de mí. Suspiró, movió la cabeza y dijo, con un tono de reproche implícito:

—¡Bien, de acuerdo!

Pero mi ánimo era constante y firme, y eso me daba confianza.

Fui a Londres. Viajé durante largos días que se prolongaban en las preciosas noches estivales. No podía descansar. Llegué a Londres. Se lo conté todo a mi tío,

aunque el terror se había desvanecido en la agitación de la gran ciudad, y me parecía que no podía creer lo que le contaba del espantoso doble de Lucy que había visto en la orilla solitaria del páramo. Pero mi tío había vivido mucho y sabía mucho. Y, en los profundos secretos de las historias familiares que le habían confiado, figuraban casos de personas inocentes poseídas por espíritus malignos más temibles que el de Lucy. Me dijo que, a juzgar por todo lo que le había contado, el doble no tenía poder sobre la joven, pues era demasiado pura y bondadosa para que su inquietante y maligna presencia la corrompiera. Estaba seguro de que había intentado sugerirle malos pensamientos y tentarla a cometer malas obras; pero ella, en su santa inocencia, no se había dejado mancillar por malos pensamientos y obras. Aquel otro ser no podía tocar su alma; pero sin duda la mantenía apartada de la dulzura del amor y de las relaciones humanas normales. Mi tío se entregó a la consideración del caso con una energía más propia de los veintiséis años que de los sesenta. Emprendió la investigación de la ascendencia de Lucy y se ofreció a localizar al señor Gisborne y obtener, en primer lugar, las pruebas legales de que la joven descendía de los Fitzgerald de Kildoon, y a averiguar después cuanto pudiese respecto a la maldición,

y si había medios, y cuáles, que se hubiesen utilizado para exorcizar aquella terrible aparición. Pues me expuso casos en que, mediante oraciones y prolongado ayuno, el maligno había sido expulsado y había salido aullando y dando grandes alaridos del cuerpo que habitaba. Me habló de los extraños casos ocurridos en Nueva Inglaterra no hacía mucho tiempo; y del señor Defoe, que había escrito un libro en el que describía diversas formas de dominar a las apariciones y enviarlas de nuevo al lugar del que procedían; y, por último, bajando la voz, de los atroces procedimientos empleados para obligar a las brujas a deshacer sus hechizos. Pero yo no soportaba la descripción de aquellas torturas y quemas. Le dije que Bridget era una mujer primitiva y salvaje, pero no una bruja maligna; y, sobre todo, que Lucy era su pariente; y que, si se la ponía a prueba por el agua o por el fuego, torturaríamos (tal vez hasta matarla) a la antepasada de quien queríamos salvar. Mi tío lo pensó un rato y luego dijo que tenía razón en lo segundo, y que, en realidad, no debía intentarse, previo consentimiento de ella, hasta que no hubiesen fracasado todos los demás métodos; y accedió a la propuesta de que debía ir yo mismo a ver a Bridget para contárselo todo.

De este modo, volví a la posada del camino que había cerca de Coldholme. Llegué bien entrada la noche; y, mientras cenaba, pedí al posadero que me diese más detalles de la vida de Bridget. Había sido extraña y solitaria durante muchos años. Sus palabras y su actitud eran coléricas y despóticas con las pocas personas que se cruzaban en su camino. Los campesinos se sometían a sus imperiosos dictados porque temían desobedecer. Si la complacían, prosperaban; si, por el contrario, desdeñaban o contravenían sus mandatos, atraía sobre ellos y sobre los suyos la desgracia, pequeña o grande. Más que odio, lo que despertaba era un miedo indefinible.

Fui a verla por la mañana. Estaba junto a la casa y me recibió con la hosca majestuosidad de una reina destronada. Su expresión me indicó que me reconocía, y que no era mal recibido, pero guardó silencio hasta que le expuse el motivo de la visita.

—Tengo noticias de su hija —le dije, decidido a hablar sin rodeos de lo único que sabía que amaba, sin ocultarle nada—. ¡Ha muerto!

Su adusta figura apenas tembló, pero tendió la mano y se apoyó en el marco de la puerta.

—Lo sabía —dijo en voz baja y grave, y guardó silencio un instante—. Las lágrimas que debería haber derramado por ella se secaron hace muchos años. Hábleme de ella, joven.

—Todavía no —le dije, arrogándome un extraño poder para enfrentarme a alguien a quien temía en el fondo. Y añadí—: Tuvo usted en tiempos un perrito.

Estas palabras la agitaron más que la noticia de la muerte de su hija. Me interrumpió.

—¡Lo tuve! Era de ella, lo último que tuve de ella, ¡y lo mataron sin ningún motivo! Murió en mis brazos. Y el hombre que lo hizo no ha dejado de lamentarlo todavía. Por la sangre de aquel animalito, la persona a la que más quiere está maldita.

Desorbitó los ojos como si estuviese en trance y viese los efectos de su maldición. Hablé yo de nuevo:

—¡Vaya! La persona a quien más ama y que está maldita ante los hombres es la hija de su difunta hija.

La vida, la energía y la pasión volvieron a aquellos ojos con los que me traspasó para descubrir si decía la verdad; después, sin más preguntas ni palabras, se arrojó al suelo con terrible vehemencia y apretó las inocentes margaritas con manos convulsas.

—¡Sangre de mi sangre! ¡Carne de mi carne! Te maldije… ¿y estás maldita?

Siguió gimiendo atormentada. Me sentí horrorizado por lo que había hecho. No atendió a mis frases entrecortadas; no preguntó más, bastaba la confirmación muda que mis tristes miradas habían dado de que su maldición obraba sobre la hija de su única hija. Me asustó la idea de que muriese en aquella lucha entre el cuerpo y el alma. ¿Permanecería entonces Lucy bajo el maleficio toda la vida?

En aquel mismo instante vi llegar a Lucy por el camino del bosque que llevaba a la cabaña de Bridget. La acompañaba la señora Clarke. Sentí que era ella por la paz balsámica que me transmitió su mirada, mientras se acercaba despacio, con un brillo de alegre sorpresa en los ojos dulces y serenos. Así fue cuando su mirada se encontró con la mía. Cuando se posó en la mujer

que yacía en el suelo rígida y convulsa, se le llenaron los ojos de una tierna piedad, y se apresuró a ayudarla a levantarse. Se sentó en la turba, recostó la cabeza de Bridget en su regazo y, con suaves caricias, le recogió los mechones grises que le salían tupidos y revueltos de la toca.

—¡Que Dios la asista! —susurró—. ¡Cuánto sufre!

Nos pidió que buscáramos agua, pero, cuando volvimos, Bridget había recuperado el sentido y estaba arrodillada con las manos unidas delante de Lucy, contemplando aquel rostro triste y dulce como si su atribulada naturaleza absorbiese paz y salud en cada instante de contemplación. Un leve color en las pálidas mejillas de Lucy me indicó que había advertido nuestro regreso. Por lo demás, parecía percibir la influencia benéfica que ejercía en aquella mujer afligida y apasionada, arrodillada delante de ella, y que no apartaría voluntariamente la mirada tierna y grave de aquel rostro arrugado y consumido.

De pronto, en un abrir y cerrar de ojos, apareció la criatura detrás de Lucy; aterradoramente igual en apariencia exterior, pero arrodillada como Bridget y con

las manos unidas en un remedo burlón de las manos unidas de la anciana en su éxtasis, que se intensificaba en una oración. La señora Clarke dio un grito, Bridget se levantó lentamente, con la mirada clavada en la criatura, jadeando con un sonido silbante, sin mover los ojos terribles, firmes como si fueran de piedra, y se abalanzó hacia el fantasma y agarró solo un puñado de aire, como había hecho yo. La criatura desapareció, se desvaneció igual como había llegado, pero Bridget siguió mirando como si viera alejarse algo. Lucy seguía sentada inmóvil, pálida, temblorosa, desfallecida. Creo que se habría desmayado si no hubiese estado yo allí para sostenerla. Mientras la atendía, Bridget pasó a nuestro lado sin decir una palabra a nadie. Entró en casa, se encerró dentro y nos dejó fuera.

Todos nuestros esfuerzos se concentraron entonces en llevar a Lucy de nuevo a la casa donde había pasado la noche. La señora Clarke me dijo que, al no tener ninguna noticia mía (debía de haberse perdido alguna carta), había empezado a impacientarse y a desesperar y había pedido a Lucy que tomara la iniciativa de ir a buscar a su abuela, sin mencionarle la horrible fama que tenía ni que sospechábamos que había sido ella quien había

destrozado la vida de la joven inocente, pero, al mismo tiempo, esperando mucho del misterioso estímulo de la sangre, en el que la señora Clarke confiaba para acabar con la maldición. Habían llegado la noche anterior, por una ruta diferente a la que había seguido yo, a una posada rural próxima a Coldholme.

Esa fue la primera entrevista de antepasada y descendiente.

Recorrí durante el sofocante mediodía los senderos del antiguo bosque abandonado, pensando dónde podía dar con la solución de un problema tan complejo y misterioso. Pregunté a un campesino qué camino debía seguir para encontrar al clérigo más próximo, y lo seguí con la esperanza de que este me diese algún consejo. Pero resultó ser un hombre ordinario y cerril, incapaz de dedicar tiempo ni atención a las complejidades del caso, y se apresuró a exponer opiniones radicales que exigían una acción inmediata. Por ejemplo, en cuanto mencioné a Bridget Fitzgerald, exclamó:

—¡La bruja de Coldholme! ¡La papista irlandesa! Le habría dado un chapuzón hace mucho si no hubiera sido por ese otro papista, sir Philip Tempest. Él ha tenido que

amenazar a gente honrada de por aquí una y otra vez, porque de otro modo la habrían llevado ante los jueces por sus malvadas obras. ¡Y la ley de la nación es que hay que quemar a las brujas! ¡Y la de las Escrituras también, señor! Pero ya ve usted, un papista, si es un caballero rico, puede pasar por encima de la ley y de las Escrituras. ¡Yo mismo llevaría un haz de leña para librar de ella a la nación!

Semejante individuo no podía prestarme ninguna ayuda. Me habría gustado retirar lo que le había dicho; e intenté que lo olvidara invitándole a varias jarras de cerveza en la posada de la aldea, a la que nos habíamos acercado para conversar a sugerencia suya. Le dejé en cuanto pude y volví a Coldholme, siguiendo el camino que pasaba por la desierta mansión de los Starkey. Llegué por la parte de atrás. Allí estaban los restos alargados del antiguo foso, cuyas aguas se extendían plácidas e inmóviles, iluminadas por los rayos encendidos del sol poniente, y, a ambos lados, los árboles del bosque, cuyo follaje, de un verde intenso, se reflejaba negro en la bruñida superficie del agua, y el reloj de sol roto en el extremo más próximo a la entrada, y la garza apoyada en una pata a la orilla, esperando a los peces con una mirada

lánguida; la casa solitaria y desolada apenas necesitaba para completar el cuadro de deterioro y abandono las ventanas rotas, las hierbas del umbral de la puerta y el postigo roto agitado suavemente por la brisa crepuscular. Me demoré hasta que la creciente oscuridad me aconsejó seguir. Tomé el sendero que se había abierto por orden de la última señora de la mansión Starkey, que me llevó a la casita de Bridget. Decidí verla de inmediato. Y ella también tenía que verme a mí, a pesar de las puertas cerradas (quizá por resolución voluntaria). Así que llamé a la puerta, suave, fuerte, furiosamente. La golpeé con tanta violencia que los viejos goznes cedieron al fin y cayó hacia dentro con estruendo; entonces me encontré frente a Bridget: yo, rojo, acalorado, agitado por los esfuerzos frustrados durante tanto rato; ella, dura como una piedra, plantada frente a mí, los ojos desorbitados de terror, los labios lívidos temblorosos, pero el cuerpo inmóvil. Sostenía en las manos su crucifijo, como si pretendiese impedirme la entrada con aquel símbolo sagrado. Se tranquilizó al verme, y se desplomó en una silla. Había cedido una fuerte tensión. Todavía miraba temerosa la oscuridad, más opaca ya por la lámpara que alumbraba el interior y que había colocado delante del cuadro de la Virgen.

—¿Está ahí ella? —preguntó con voz ronca.

—¡No! ¿Quién? Estoy solo. Se acuerda de mí.

—Sí —replicó, todavía aterrada—. Pero ella, esa criatura, lleva todo el día mirándome por la ventana. La tapé con mi chal; y entonces vi sus pies debajo de la puerta mientras hubo luz, y sabía que me oía hasta respirar… No, todavía peor, oía hasta mis oraciones; y no podía rezar porque su atención ahogaba las palabras antes de que pudiera pronunciarlas. Dígame quién es, qué significa la doble que vi esta mañana. Una tenía la cara de mi difunta Mary, pero la otra me heló la sangre, ¡y sin embargo era la misma!

Me había agarrado del brazo como si quisiera asegurarse una compañía humana. Temblaba de pies a cabeza, con el temblor leve e incesante del pánico. Le conté mi historia como la cuento aquí, sin escatimar ningún detalle.

Que la señora Clarke me había informado de que el doble había expulsado a Lucy de la casa de su padre, que yo me había mostrado incrédulo hasta que vi con mis propios ojos a otra Lucy detrás de mi Lucy, idéntica en la

figura y en los rasgos, pero con el alma demoníaca en sus ojos. Se lo conté todo, pensando que ella (cuya maldición afectaba de aquel modo la vida de su nieta inocente) era la única persona que podía encontrar el remedio y la liberación. Cuando acabé, guardó un largo silencio.

—¿Está enamorado de la hija de Mary? —me preguntó.

—Sí, la quiero, a pesar de los espantosos efectos de la maldición. Pero me intimida y la evito desde aquel día junto al páramo. Y los hombres rehúyen forzosamente a alguien con semejante compañía; amigos y enamorados deben guardar distancias. ¡Oh, Bridget Fitzgerald! ¡Deshaga la maldición! ¡Libérela!

—¿Dónde está ella?

Me aferré a la idea de que se requería su presencia para poder anular el hechizo con alguna oración extraña o algún exorcismo.

—¡Iré a buscarla! —exclamé. Pero Bridget me apretó el brazo más fuerte.

—Nada de eso. Me mataría volver a verla como esta

mañana. Y tengo que vivir hasta que haya terminado mi trabajo —dijo en voz baja y ronca. Y añadió de pronto, cogiendo de nuevo el crucifijo—: ¡Márchese! Voy a enfrentarme al demonio que he conjurado. ¡Déjeme luchar con él!

Se levantó como arrebatada por un éxtasis de inspiración del que había desaparecido el miedo. Yo seguí allí, no sé por qué, hasta que volvió a pedirme que me fuera. Cuando iba por el camino del bosque, me volví y vi que estaba colocando la cruz en el umbral vacío, donde había estado la puerta.

Lucy y yo fuimos a verla al día siguiente por la mañana para pedirle que uniese sus oraciones a las nuestras. Encontramos la casita abierta de par en par. No había ningún ser humano: la cruz seguía en el umbral, pero Bridget se había ido.

III

¿Qué había que hacer a continuación? Eso es lo que me preguntaba. Lucy, por su parte, se habría sometido de buena gana a la fatalidad que pesaba sobre ella. Su dulzura y su piedad me parecían de una pasividad excesiva bajo la presión de una vida tan espantosa. Nunca se quejaba. La señora Clarke se quejaba más que nunca. En cuanto a mí, estaba más enamorado que nunca de la Lucy real, pero retrocedía aterrado ante la falsa imagen con una intensidad proporcional a mi amor. Intuía que la señora Clarke sentía a veces tentaciones de dejar a Lucy. Los nervios de la buena señora estaban afectados y, por lo que decía, llegué a la conclusión de que el objetivo que perseguía el doble era apartar de Lucy de aquella última y casi primera amiga. Ni siquiera yo podía soportarlo a veces, y me sentía impulsado a desertar, aunque me costaba reconocerlo, y acusaba a Lucy de ser demasiado paciente, demasiado resignada. Se fue ganando uno tras otro a los niños pequeños de Coldholme. (La señora Clarke y ella habían decidido quedarse allí, porque ¿Acaso no era un sitio tan bueno como cualquier otro para ellas? ¿Y no estaban depositadas todas nuestras

vagas esperanzas en Bridget, de la que no se había vuelto a hablar y a quien no se había vuelto a ver, aunque confiábamos en que volviese o diese señales de vida?). Así pues, como digo, los niños pequeños acudían uno tras otro a mi Lucy, atraídos por el dulce tono de su voz, sus amables sonrisas y sus buenas acciones. ¡Pero, ay! Uno tras otro fueron desapareciendo, se apartaban de su camino, pálidos y aterrados; y nosotros imaginábamos amargamente el motivo. Fue la última gota. Ya no podía soportarlo. Decidí no seguir allí más tiempo, tenía que regresar con mi tío y buscar entre los doctos eclesiásticos de Londres algún poder con el que anular la maldición.

Mientras tanto, mi tío había reunido todos los testimonios necesarios sobre la ascendencia y el nacimiento de Lucy gracias a los abogados irlandeses y del señor Gisborne. Este último había escrito una carta desde el extranjero (estaba de nuevo en el ejército austriaco), en la que se hacía reproches airados y se defendía estoicamente de forma alternativa. Era evidente que, cuando pensaba en Mary, en su corta vida, en lo mal que había obrado con ella y en su muerte violenta, le costaba trabajo encontrar palabras lo bastante severas para calificar su comportamiento; y, desde ese punto de

vista, consideraba una fatalidad profética la maldición pronunciada por Bridget contra él y a todos los suyos, impulsada por un poder superior para vengar algo más grave que la muerte del pobre perro. Pero luego, de nuevo, cuando pasaba a hablar de su hija, la repugnancia que había inspirado en su espíritu la conducta de la criatura maligna se veía mal disfrazada bajo una exhibición de absoluta indiferencia respecto al destino de Lucy. Casi parecía que le hubiese gustado borrarla de la existencia, como habría hecho con un reptil repugnante que encontrara en la cama o en la habitación.

Las grandes posesiones de los Fitzgerald eran de Lucy; y eso era todo: no era nada.

Mi tío y yo nos hallábamos en la penumbra de un atardecer londinense de noviembre en nuestra casa de la calle Ormond. Yo me encontraba mal y tenía la sensación de verme inmerso en una inextricable espiral de sufrimiento. Lucy y yo nos escribíamos, pero eso era poco; y no nos atrevíamos a vernos por miedo a aquella otra criatura terrible que había ocupado más de una vez su lugar en nuestros encuentros. El día del que hablo, mi tío había pedido que se rezasen oraciones

el domingo siguiente en muchos templos e iglesias de Londres por una persona atormentada por un espíritu maligno. Él confiaba en las oraciones, pero yo no, yo estaba perdiendo rápidamente la fe en todo. Así que allí estábamos, él intentando interesarme en la vieja charla de otros tiempos y yo agobiado por una sola idea, cuando nuestro buen sirviente Anthony abrió la puerta y, sin decir palabra, hizo pasar a un hombre de aire distinguido y agradable, cuyo atuendo le delataba como sacerdote católico. Miró primero a mi tío y luego a mí. Y me saludó a mí con una venia.

—No he dado mi nombre porque no lo habría reconocido —me dijo—; a menos que oyera hablar del padre Bernard, el capellán de Stonyhurst, cuando estuvo en el norte.

Después recordé que sí me habían hablado de él, pero en aquel momento lo había olvidado completamente; así que le manifesté que no sabía quién era, mientras mi tío, siempre hospitalario, aunque odiaba a los papistas todo lo que le permitía su carácter, le ofreció una silla y pidió a Anthony que nos trajera unos vasos y una jarra fresca de clarete.

El padre Bernard recibió esta cortesía con la elegante naturalidad y el grato reconocimiento de un hombre de mundo. Luego se volvió a examinarme con su mirada perspicaz. Tras una conversación ligera que estoy seguro de que inició para poder determinar la confianza que tenía con mi tío, hizo una pausa y dijo con gravedad:

—Traigo un mensaje para usted, señor, de una mujer con quien fue usted bondadoso y que es una de mis penitentes en Amberes. Se llama Bridget Fitzgerald.

—¡Bridget Fitzgerald! —exclamé—. ¿En Amberes? ¡Cuénteme todo lo que sepa de ella, señor!

—Hay mucho que contar —repuso—. Pero permítame que le pregunte si este caballero… está al corriente de los detalles de los que usted y yo estamos informados…

—Sabe lo mismo que yo —dije, posando una mano en el brazo de mi tío, al ver que se incorporaba con la intención de salir de la habitación.

—Entonces tengo que hablar ante dos caballeros que, aunque difieran de mí en la fe, están plenamente convencidos de que existen fuerzas malignas que acechan

siempre para conocer nuestros malos pensamientos; y, si su Amo les da poder, para transformarlos en obras manifiestas. Esta es mi teoría sobre la naturaleza del pecado en el que no me atrevo a no creer, como querrían que hiciésemos algunos escépticos, el pecado de brujería. Ustedes y yo sabemos que Bridget Fitzgerald ha sido culpable de ese pecado mortal. Desde la última vez que usted la vio, se han rezado muchas oraciones en nuestras iglesias, se han celebrado muchas misas, se han hecho muchas penitencias para que Dios y los santos accedan a borrar su pecado. Pero no ha sido así.

—Explíqueme quién es y cómo llegó a conocer a Bridget —repuse—. ¿Por qué está ella en Amberes? Se lo ruego, señor, cuénteme más. Perdone mi impaciencia; estoy enfermo y febril, y, por tanto, desconcertado.

Había algo que me resultó sumamente tranquilizador en el tono con que empezó a contar desde el principio su relación con Bridget.

—Conocí al señor y a la señora Starkey durante su estancia en el extranjero, así que, cuando vine como capellán de los Sherburne a Stonyhurst, reanudamos nuestra relación; y me convertí en el confesor de toda

la familia, aislados como estaban de los servicios de la Iglesia, por ser Sherburne el vecino más próximo que profesaba la verdadera fe. Ya saben ustedes, claro, que los hechos revelados en confesión quedan sellados como una tumba; pero llegué a conocer lo suficiente el carácter de Bridget para convencerme de que tenía que vérmelas con una mujer fuera de lo común, una mujer fuerte para el bien y también para el mal. Creo que fui capaz de prestarle ayuda espiritual de vez en cuando y que ella me consideraba un servidor de esa Santa Iglesia que tanto poder milagroso tiene para conmover los corazones de los hombres y aliviarlos de la carga de sus pecados. Sé que ella cruzaba los páramos en las noches más desapacibles de tormenta para ir a confesarse y recibir la absolución; y que volvía a sus obligaciones con su señora, tranquila y serena, sin que nadie supiese dónde había estado durante las horas que la mayoría pasaba en la cama entregada al sueño. Cuando su hija Mary se marchó y tras su misteriosa desaparición, tuve que imponerle muchas veces una larga penitencia para lavar el pecado de reniego que estaba conduciéndola rápidamente al pecado más grave de blasfemia. Luego emprendió aquel largo viaje del que ustedes habrán oído hablar, el viaje en el que buscó en vano a Mary y, durante su ausencia, mis superiores me

ordenaron volver a mis deberes anteriores en Amberes, y no supe nada de Bridget durante muchos años.

Hace unos meses, cuando me dirigía a casa a última hora del día, por una de las calles próximas a Saint Jacques que da a la Meer Straet, vi a una mujer acuclillada bajo el santuario de Nuestra Señora Dolorosa. Llevaba la capucha puesta, y la sombra de la luz de la lámpara de arriba le ocultaba el rostro; tenía las manos cruzadas sobre las rodillas. Era evidente que estaba desesperada por algún problema, por lo que era mi deber ofrecerle ayuda. Le hablé primero en flamenco, como es natural, suponiendo que pertenecía a las clases bajas de la ciudad. Ella movió la cabeza sin alzar la vista. Probé en francés y me contestó, pero lo hablaba tan mal que supuse que tenía que ser inglesa o irlandesa. Así que le hablé en mi idioma. Ella reconoció mi voz, se incorporó, me agarró del traje y tiró de mí hacia la capilla; se hincó de rodillas, forzándome a arrodillarme a su lado, tanto con su evidente deseo como con sus actos, y exclamó:

—¡Virgen Santa! A mí nunca volverás a escucharme, pero escúchale a él, porque le conoces de antiguo, sabes que cumple tus mandatos y se esfuerza en curar a los afligidos. ¡Escúchale!

Se volvió a mí.

—Ella te escuchará, si rezas. A mí nunca me escucha: ni ella ni ningún santo pueden oír mis oraciones, porque se las lleva el Maligno como se llevó la primera. ¡Padre Bernard, reza por mí!

Recé por alguien que se hallaba sumido en una amarga tribulación, aunque no podía saber de qué naturaleza; pero la Virgen Santa lo sabría. Bridget me sujetaba con fuerza, jadeando entusiasmada al oír mis palabras. Cuando acabé, me levanté y, tras hacer sobre ella el signo de la cruz, cuando iba a bendecirla en nombre de la Santa Iglesia, se apartó de mí como una criatura aterrada y dijo:

—Soy culpable de pecado mortal y aún no he sido absuelta.

—Levántate y ven conmigo, hija mía —le dije.

Y la llevé a un confesionario de Saint Jacques.

Se arrodilló. Escuché. No oía nada. Los poderes malignos la habían dejado muda cuando se intentaba

confesar, como supe después que habían hecho muchas veces antes.

Era demasiado pobre para pagar las formas de exorcismo necesarias; y los sacerdotes a quienes había acudido hasta entonces no fueron capaces de entender su mal francés o su inglés irlandés, o la consideraron enloquecida (algo que su actitud nerviosa y descontrolada habría inducido a pensar a cualquiera) y habían desechado el único medio de desatar su lengua para que pudiese confesarse y recibir la absolución tras la penitencia debida. Pero yo conocía a Bridget desde hacía mucho tiempo y pensé que era una penitente que se me había enviado. Recurrí a los santos oficios prescritos por nuestra Iglesia para solucionar un caso como el suyo. Estaba obligado a hacerlo, pues supe que había ido a Amberes con el único propósito de buscarme y confesarse conmigo. De la naturaleza de esa terrible confesión me está prohibido hablar. Gran parte la saben ustedes; tal vez todo.

Ahora falta que ella se libre del pecado mortal y libre así a otros de sus consecuencias. Ni las oraciones ni las misas conseguirán hacerlo nunca, aunque pueden

fortalecerla con esa fuerza que es la única por la que pueden realizarse actos del amor más profundo y del más puro espíritu de sacrificio. ¡Sus palabras apasionadas y sus gritos de venganza, sus oraciones sacrílegas no pudieron llegar nunca a los oídos de los santos! Los interceptaron otros poderes y los desviaron, de modo que las maldiciones lanzadas al cielo cayeron en una persona de su propia sangre y han golpeado y aplastado su corazón con la misma fuerza de su amor. Así que su antiguo yo ha de ser sepultado a partir de ahora… ¡sí, sepultado rápidamente, si es necesario, para que no vuelva a obrar portentos ni clame sobre la tierra! Ha ingresado en la congregación de las Clarisas pobres, con el propósito de obtener la absolución final y la paz de espíritu mediante la penitencia perpetua y el constante servicio al prójimo. La inocente tendrá que sufrir hasta entonces. He venido a suplicarle por la inocente, no en nombre de la bruja Bridget Fitzgerald, sino en nombre de la hermana Magdalena, penitente y sierva de todos los hombres.

—Señor, escucho con respeto su petición —repuse—. Solo puedo decirle que no es necesario que me inste a hacer cuanto pueda por el bien de alguien cuyo amor

forma parte de mi vida. Si me he alejado de ella durante un tiempo ha sido para pensar en su liberación y tratar de conseguirla. Como miembro de la Iglesia anglicana (mi tío es puritano) rezo noche y día: las congregaciones de Londres rezarán el próximo domingo por una persona desconocida, para que se vea libre de los poderes de las tinieblas. Debo decirle, además, señor, que esos seres malignos no perturban lo más mínimo el gran sosiego de su alma. Ella vive su propia vida pura y afectuosa, incólume, intachable, aunque todos los hombres se aparten de ella. ¡Ojalá tuviese yo su fe!

Entonces habló mi tío.

—Sobrino —me dijo—, me parece que este caballero, aunque profesa un credo que considero erróneo, ha tocado el punto exacto al exhortar a Bridget a actos de amor y de misericordia, para lavar con ellos su pecado de odio y de venganza. Esforcémonos nosotros a nuestro modo dando limosnas y visitando a los necesitados y a los huérfanos, para que nuestras oraciones sean válidas. Mientras tanto, yo mismo iré al norte y me haré cargo de esa doncella. Soy demasiado viejo para que me intimiden los hombres o los demonios. La traeré a esta casa para

que sea su hogar, ¡y que venga el doble también si quiere! Habrá un grupo de eclesiásticos piadosos para recibirle y le haremos frente.

¡El anciano bondadoso y valiente! Pero el padre Bernard prosiguió, caviloso:

—No se ha sofocado todo el odio de su corazón —dijo—; no puede haber entrado en su alma todo el perdón cristiano, porque si así hubiera sido el diablo habría perdido su poder. Creo que ha dicho usted que su nieta sigue atormentada, ¿no?

—¡Sigue atormentada! —respondí con tristeza, recordando la última carta de la señora Clarke. El sacerdote se levantó y se fue. Después supimos que la razón de su visita a Londres era una misión política secreta al servicio de los jacobitas. Sin embargo, era un hombre sabio y bondadoso.

Transcurrieron muchos meses sin que se produjera ningún cambio. Lucy rogó a mi tío que le dejase seguir donde estaba… temiendo, según supe, que al venir con su temible compañera a vivir en la misma casa que yo, mi amor no soportara las repetidas conmociones a las que

estaría condenado. No lo creía porque desconfiase de la fuerza de mi cariño, sino por una especie de compasión misericordiosa ante el terror nervioso que veía claramente que causaba a todos la diabólica aparición.

Me sentía inquieto y abatido. Me consagré a las buenas obras; pero no me movió a ello el amor, solo la esperanza de la recompensa; y por eso no llegaba nunca. Al fin pedí permiso a mi tío para viajar; y partí como un viajero errante sin otro objetivo concreto que el de tantos viajeros errantes: escapar de mí mismo. Un extraño impulso me llevó a Amberes, a pesar de las guerras y conmociones que azotaban los Países Bajos, o, tal vez precisamente por eso, fue el anhelo de interesarme por algo exterior lo que me condujo al centro mismo de la lucha que se desarrollaba entonces contra los austriacos. Había motines y disturbios civiles en todas las ciudades de Flandes, sofocados solo por la fuerza y por la presencia en cada una de ellas de una guarnición austriaca.

Llegué a Amberes e hice indagaciones para localizar al padre Bernard. Se había ido a pasar unos días al campo. Pregunté entonces cómo se iba al convento de las Clarisas pobres; pero, siendo yo una persona saludable

y rica, solo me estaba permitido ver los gruesos muros grises y sombríos, rodeados de callejuelas, en la parte más baja de la ciudad. El mesonero me dijo que, si me hubiese sobrevenido alguna enfermedad repugnante, o me hallase en una situación desesperada, las Clarisas pobres me habrían acogido y atendido. Hablaba de ellas como de una de las congregaciones de caridad más rigurosas; la ropa que vestían era escasa y de la tela más tosca; iban descalzas; vivían de lo que los habitantes de Amberes tenían a bien darles y compartían incluso aquellas sobras y migajas con los pobres y desamparados que pululaban por todas partes; no recibían cartas ni tenían comunicación con el mundo exterior, vivían completamente ajenas a todo lo que no fuese aliviar el sufrimiento del prójimo. Sonrió cuando le pregunté si podría hablar con una de ellas, y me dijo que tenían prohibido hablar hasta para pedir el sustento diario; aunque estuviesen vivas todavía y alimentasen a otros con lo que por caridad les daban de limosna.

—Pero ¿y si todos se olvidasen de ellas? —exclamé—. ¿Seguirían calladas y morirían sin dar muestra de su penuria?

—Si así fuese la regla, lo harían de buen grado; pero la fundadora indicó un remedio para los casos extremos como el que usted menciona. Tienen una campana, una sola, pequeña, según tengo entendido, y no se recuerda que hayan tenido que tocarla nunca: cuando lleven sin nada que comer veinticuatro horas, deben tocarla y confiar en que la buena gente de Amberes acuda presurosa en auxilio de las Clarisas, que tan santos cuidados nos han prodigado siempre en nuestros apuros.

Pensé que el auxilio llegaría tarde cuando se diese el caso; pero no dije lo que pensaba. Preferí desviar la conversación preguntándole si conocía a la hermana Magdalena o había oído hablar de ella.

—Sí —me dijo, bajando la voz—, hay cosas que acaban sabiéndose, incluso de un convento de Clarisas pobres. La hermana Magdalena es una gran pecadora o una gran santa. Hace más que todas las otras monjas juntas, según me han dicho; sin embargo, cuando el mes pasado quisieron nombrarla madre superiora, les suplicó que le diesen el puesto más bajo y que la hiciesen la sierva más humilde de todas.

—¿No la ha visto nunca? —pregunté.

—Nunca —contestó.

Estaba cansado de esperar al padre Bernard, pero seguí en Amberes de todos modos. La situación política era peor que nunca, agudizada por la escasez de alimentos derivada de las malas cosechas. En todas las esquinas de las calles había grupos de hombres feroces y escuálidos, que lanzaban miradas rapaces a mi piel lustrosa y a mi traje elegante.

Por fin regresó el padre Bernard. Tuvimos una larga conversación y me contó que el señor Gisborne, el padre de Lucy, estaba en uno de los regimientos de Amberes, de guarnición por entonces en la ciudad. Le pregunté si podría presentarnos y accedió a hacerlo. Pero al cabo de unos días me comunicó que, al oír mi nombre, el señor Gisborne se había negado a responder a cualquier insinuación mía, alegando que había abjurado de su patria y odiaba a sus compatriotas.

Es probable que recordase mi nombre en relación con el de su hija Lucy. Sea como fuere, estaba bastante claro que no tenía ninguna posibilidad de conocerle. El padre Bernard confirmó mis sospechas sobre la conspiración, para cierto mal inminente, que estaba gestándose entre

los *blouses*, las clases bajas de Amberes, y dijo que creía preferible que me fuese de la ciudad. Pero yo en realidad anhelaba la emoción del peligro y me negué obstinadamente a marcharme.

Un día, paseaba con él por la Place Verte y vi que saludaba con una venia a un oficial austriaco que cruzaba la plaza hacia la catedral.

—Es el señor Gisborne —me dijo, en cuanto dejamos atrás a aquel caballero.

Me volví a mirarle, era un oficial alto y delgado, un hombre de porte majestuoso, aunque pasaba de la madurez y podía tener cierta excusa para encorvarse un poco. Se volvió en redondo mientras le observaba, nuestras miradas se encontraron y le vi la cara. Era un rostro surcado por profundas arrugas, cetrino, ajado; con las huellas de la pasión unidas a las de los azares de la guerra. Nos miramos solo un momento. Ambos nos volvimos de nuevo y seguimos nuestros caminos divergentes.

Pero había algo en todo su porte que no resultaba fácil de olvidar; el conjunto de su atuendo y la evidente atención

que le dedicaba no compaginaban con la expresión lúgubre y sombría de su rostro. Como era el padre de Lucy, me esforcé instintivamente por encontrarme con él en todas partes. Debió acabar reparando en mi obcecación, porque me miraba con ceño altanero siempre que me cruzaba con él. Pero quiso la suerte que en uno de aquellos encuentros le hiciese cierto favor. Al doblar la esquina de una calle, se tropezó con uno de los grupos de flamencos descontentos de los que he hablado. Cruzaron algunas palabras, el caballero desenvainó la espada y asestó un ligera pero diestra estocada a uno de los que yo supuse que le habían insultado, aunque estaba demasiado lejos para oírlo. Se habrían lanzado todos sobre él si yo no hubiese corrido lanzando el grito, bien conocido entonces en Amberes, de aviso a los soldados austriacos que patrullaban continuamente las calles y que acudieron en gran número en su defensa. Creo que ni el señor Gisborne ni el grupo de plebeyos agradecieron mucho mi intromisión. Él se había colocado junto a una pared, en hábil posición defensiva, con el estoque reluciente y centelleante dispuesto a luchar con aquellos hombres toscos, furiosos y desarmados, unos seis o siete en total. Pero, cuando llegaron sus soldados, envainó la espada y, con una palabra despreocupada de mando,

les ordenó que se retiraran y prosiguió su paseo solo calle abajo, mientras los menestrales vociferaban, harto deseosos de arremeter contra mí por haber dado la voz de alarma. La vida me parecía una carga tan pesada en aquel momento que no me habría importado que lo hicieran; y tal vez fuese la audaz indiferencia con que me demoré lo que impidió que me atacaran. Incluso me permitieron conversar con ellos, y me contaron algunos de sus agravios. Eran graves y bastante insoportables, por lo que no es de extrañar que estuviesen furiosos y desesperados.

El hombre a quien Gisborne había herido en la cara quería que le dijera cómo se llamaba su agresor, pero me negué a hacerlo. Otro oyó la pregunta y dio la respuesta:

—Yo te lo diré. Es un tal Gisborne, ayudante de campo del comandante. Lo conozco bien.

Y empezó a contar una historia relacionada con Gisborne en un murmullo apagado; y vi que enervaba su mala sangre, y que era evidente que no querían que los escuchara, así que me alejé de allí y regresé a mi alojamiento.

Aquella noche estalló una revuelta en Amberes. La población se rebeló contra sus amos austriacos. Y estos, que controlaban las puertas de la ciudad, permanecieron en calma en la ciudadela. El estruendo del gran cañón barría lúgubremente la ciudad solo de vez en cuando. Pero se equivocaron si creían que los disturbios se calmarían y se consumirían en el furor de unas horas. Los sublevados tomaron los principales edificios municipales en pocos días. Los austriacos salieron en brillante y violenta formación, tranquilos y sonrientes, camino de los puestos asignados, como si las turbas enfurecidas fuesen simples enjambres de moscas de verano. Las maniobras practicadas y los disparos certeros hablaron con terribles efectos. Pero de la sangre de cada insurrecto caído surgían tres dispuestos a vengar su muerte. Intervino entonces un temible aliado de los austriacos, un enemigo mortal. Los alimentos, que escaseaban y eran caros desde hacía varios meses, ya no podían conseguirse a ningún precio. Se hicieron esfuerzos desesperados para introducir provisiones en la ciudad, porque los sublevados tenían amigos fuera. Se libró un gran combate junto al puerto, cerca de la Scheldt. Yo me había unido a los sublevados y estaba allí ayudándoles. Tuvimos un enfrentamiento encarnizado con los austriacos. Cayeron muchos de los

dos bandos. Los vi tendidos sangrando un momento y luego el humo de una descarga los oscureció; y, cuando se despejó, estaban muertos, pisoteados o asfixiados, aplastados y ocultos por los nuevos heridos de la última descarga. Y en ese instante vi una figura con hábito y toca grises que cruzaba entre los fogonazos y se inclinaba sobre algún herido que se estaba desangrando; unas veces era para darle a beber de latas que llevaban colgadas a los costados; otras veces, vi el crucifijo sostenido sobre un agonizante, y que se rezaban rápidas oraciones, que los hombres no oían en medio del clamor y el estruendo infernal, pero que sí oía Quien está en el cielo. Yo lo veía todo como en un sueño: la realidad de aquellos crudos momentos era el combate y la matanza. Sabía que las figuras grises, con los pies descalzos y ensangrentados y la cara oculta por el velo, eran las Clarisas pobres, que habían salido porque el tormento atroz estaba ahora fuera y el peligro inminente al lado. Por eso habían abandonado su refugio enclaustrado para adentrarse en aquella confusión sobrecogedora y maligna.

Cerca de mí y arrastrado por el empuje de muchos combatientes, vi al amberino con la cicatriz todavía tierna en la cara; acto seguido, la presión le arrojó sobre

el oficial austriaco Gisborne; reconoció a su adversario antes de recuperarse de la conmoción.

—¡Vaya! ¡El inglés Gisborne! —exclamó, lanzándose sobre él con furia renovada. Le asestó un golpe, el inglés cayó al suelo, y en ese momento surgió entre el humo una figura gris que se interpuso entre él y la espada centelleante que blandía el amberino. Detuvo este el brazo. Ni los austriacos ni los amberinos hacían daño intencionadamente a las Clarisas pobres.

—¡Déjamelo a mí! —dijo una voz baja, grave y resuelta—. Es mi enemigo hace muchos años.

Esas palabras fueron lo último que oí. Cuando recuperé el conocimiento, estaba muy débil y con ganas de comer para recuperar las fuerzas. Vi al posadero sentado a mi lado, observándome. También él parecía demacrado y consumido; se había enterado de que me habían herido y me había buscado. ¡Sí! La lucha continuaba, pero el hambre era terrible: le habían contado que la gente se estaba muriendo por falta de alimentos. Me lo dijo con lágrimas en los ojos. Pero se sobrepuso en seguida y recuperó su alegría natural. Solo había ido a verme el padre Bernard. (¿Quién debía hacerlo, en realidad?). El

padre Bernard volvería aquella tarde, lo había prometido. Pero no volvió, aunque me levanté, me vestí y esperé su visita anhelante.

El posadero me sirvió una comida que había preparado él mismo; no me dijo de qué estaba hecha, pero era excelente, y sentí que recuperaba las fuerzas con cada bocado. El buen hombre se sentó a mi lado, observando mi evidente gozo con una sonrisa afable. Pero, cuando sacié el apetito, empecé a notar cierta añoranza en sus ojos, como si suspirase por la comida que yo casi había terminado, porque lo cierto es que, en aquel momento, apenas me hacía cargo de la gravedad del hambre. Se oyó de pronto el rumor de muchas pisadas que pasaban rápidas junto a la ventana.

El posadero abrió un postigo, el mejor para ver lo que pasaba. Entonces oímos una campana que repiqueteaba débil y aceleradamente, un repiqueteo agudo que se elevaba en el aire, claro y diferenciado de todos los demás sonidos.

—¡Virgen santísima! —exclamó el posadero—. ¡Las Clarisas pobres!

Se apresuró a recoger lo que quedaba de mi comida y me dijo que le siguiera. Corrió escaleras abajo, recogió más alimentos que le dieron afanosamente las mujeres de la casa, y en un momento estábamos en la calle, avanzando con un gran río humano hacia el convento de las Clarisas pobres. Y la campana seguía doblando, perforándonos los tímpanos con su grito inarticulado. En la extraña multitud había viejos temblorosos y gimientes con su pequeña ración de comida; mujeres llorosas que llevaban las pocas provisiones que tenían en las mismas vasijas en que las guardaban en su casa, y que a menudo pesaban mucho más que lo que contenían; niños sonrosados que sujetaban con firmeza el bocado de pan o de pastel mordido, en su afán de que llegara sano y salvo a las Clarisas; hombretones (sí, tanto amberinos como austriacos) que avanzaban con los labios apretados en silencio. Y por encima y a través de todos se oía aquel toque agudo, aquel grito de socorro en la extrema necesidad.

Nos encontramos con los que volvían, pálidos y afligidos. Salían del convento para dejar paso a los que llegaban con sus ofrendas.

—¡Deprisa, deprisa! —decían—. ¡Se está muriendo una Clarisa! ¡Una Clarisa pobre se muere de hambre! ¡Que Dios nos perdone y que perdone a nuestra ciudad!

Seguimos avanzando. La corriente humana nos arrastraba. Pasamos por refectorios vacíos; entramos en celdas sobre cuyas puertas estaba escrito el nombre conventual de la religiosa que lo ocupaba. Y de ese modo me vi forzado a entrar con otros en la celda de la hermana Magdalena. En su lecho yacía Gisborne, con la palidez de la muerte, pero vivo. A su lado había un vaso de agua y un bocado pequeño de pan mohoso, que él mismo había apartado, y no podía moverse para recuperarlo. Frente al lecho, arriba, vi estas palabras escritas en nuestro idioma: «Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber».

Algunos le dimos algo de lo que llevábamos y le dejamos comiendo tan ávidamente como una fiera hambrienta. Había cesado el tañido agudo de la campana de las Clarisas, pero se oía el toque solemne que indica en todos los países cristianos el tránsito del espíritu de la vida terrenal a la eternidad; y de nuevo se elevó y creció el murmullo de muchas voces sobrecogidas:

—¡Está agonizando una Clarisa! ¡Ha muerto una Clarisa pobre!

Arrastrados una vez más por la muchedumbre, entramos en la capilla de las Clarisas pobres. En unas andas, delante del altar mayor, yacía una mujer, yacía la hermana Magdalena, yacía Bridget Fitzgerald. A su lado, el padre Bernard, con las vestiduras ceremoniales, daba la solemne absolución de la Iglesia con el crucifijo en alto, como dirigida a alguien que acabase de confesar un pecado mortal. Me debatí para abrirme paso hasta que conseguí llegar junto a la moribunda que recibía la extremaunción en medio del murmullo entrecortado y sobrecogido de la multitud que nos rodeaba. Tenía los ojos vidriosos y los miembros rígidos; pero, cuando acabó la ceremonia, incorporó despacio su descarnada figura y se le iluminaron los ojos con una extraña y gozosa intensidad; con el brillo extasiado de la mirada y el gesto de su dedo, parecía que estuviese contemplando la desaparición de una criatura detestable y temible.

—¡Ella ya está libre de la maldición! —dijo, y cayó de espaldas, muerta.

“La mansión Starkey estaba en un saliente o península montañosa de las abruptas colinas que forman las laderas de la Cuenca de Bolland. Estas colinas eran bastante rocosas e inhóspitas en las zonas más altas; más abajo estaban cubiertas de monte enmarañado y verdes helechales…

Colección
Lima Lee

